

RAYMOND RADIGUET

El diablo en el cuerpo

Edición de Lourdes Carriedo



Hacia 1920, un adolescente hermoso, visionario y trágico sobreimprime a la ilusión amorosa todo el desencanto, la irreverencia y la amargura del siglo siniestro que comenzaba. El *enfant terrible* que narra en primera persona una historia de adulterio y de iniciación amorosa —sobre el fondo más miserable que épico de la Primera Guerra Mundial— se da el lujo de amar y de diseccionar al mismo tiempo el amor como un médico que observa su propio cáncer al microscopio.

El diablo en el cuerpo es una novela bella y maldita, que atrapa y lastima desde la primera hasta la última línea, y que se entrega al corazón para traicionarlo una y otra vez en brazos de la inteligencia. Si la guerra es la ley del mundo, el amor es un crimen que exige de los dos que van a aniquilarse los más altos atributos de la sensibilidad, la crueldad y la imaginación.



Raymond Radiguet

El diablo en el cuerpo

ePub r1.0
jugaor 13.03.15

Título original: *Le Diable au corps*
Raymond Radiguet, 1923
Traducción y notas: Lourdes Carriedo

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2



Voy a exponerme a grandes reproches. Pero ¿qué le voy a hacer? ¿Acaso tuve yo la culpa de haber cumplido doce años algunos meses antes de la declaración de la guerra?^[1] Los trastornos que me deparó aquel periodo extraordinario fueron, sin lugar a dudas, de una índole que no suele nunca experimentarse a tal edad; pero como nada es capaz de hacernos madurar a pesar de las apariencias, habría de comportarme como un niño en una aventura en la que hasta un adulto se hubiera encontrado en apuros. No soy el único. Mis compañeros guardarán de aquella época un recuerdo que no corresponde con el de sus mayores. Que aquellos que ya están en contra mía traten de imaginar lo que la guerra supuso para muchos chicos: cuatro años de grandes vacaciones.

Vivíamos en F..., a orillas del Marne^[2].

Mis padres reprobaban la amistad entre chico y chica. La sensualidad, que nace con nosotros y se manifiesta todavía a ciegas, en lugar de desaparecer por ello, aumentó.

Nunca he sido un soñador. Lo que a los demás, más crédulos, parece ensoñación, a mí me parecía tan real como el queso le parece al gato, aun a través de la campana de cristal. Sin embargo, la campana existe.

Si la campana se rompe, el gato se aprovecha, incluso si los que la rompen son sus amos y se cortan las manos.

Hasta los doce años no me recuerdo en amorío alguno, excepto el de una niña llamada Carmen a la que hice llegar, por medio de un muchacho más joven que yo, una carta en la que le declaraba mi amor. Me permitía solicitarle una cita en nombre de ese amor. Mi carta le había sido entregada por la mañana, antes de que fuera a clase. Había elegido a la única niña que se me parecía porque era muy limpia y siempre iba al colegio acompañada de una hermana pequeña, igual que yo del mío. Con el fin de que aquellos dos testigos guardaran silencio, pensé en casarlos, de algún modo. Añadí, pues, a mi carta, otra para la señorita Fauvette de parte de mi hermano, que aún no sabía escribir. Expliqué a mi hermano mi proceder, y nuestra posibilidad de encontrarnos con dos hermanas de nuestra misma edad y provistas de tan excepcionales nombres de pila. Pude comprobar tristemente que no me había equivocado respecto a la buena educación de Carmen cuando volví a clase, después de haber almorzado con mis padres, que me mimaban y nunca me reñían.

Apenas mis compañeros se habían sentado en sus pupitres —mientras que yo, como primero de la clase, me hallaba en la tarima del aula, agachado para coger de un armario los libros para la lectura en voz alta—, entró el director. Los alumnos se levantaron. Llevaba una carta en la mano. Me flaquearon las piernas, se me cayeron los libros, y los fui recogiendo mientras que el director hablaba con el profesor. Los alumnos de los primeros bancos se volvían ya hacia mí, ruborizado en el fondo del aula, pues oían que se cuchicheaba mi nombre. Por fin, el director me llamó y para reprenderme con delicadeza, sin despertar, creía él, ningún recelo entre los alumnos, me felicitó por haber escrito una carta de doce líneas sin ninguna falta. Me preguntó si la había escrito yo solo, y después me pidió que le acompañase a su despacho. No llegamos hasta allí. Me reprendió en el patio, bajo el aguacero. Lo que más confundió mis principios morales fue que considerase tan grave

el haber comprometido a la niña (cuyos padres le habían informado de mi declaración), como el hecho de haber sustraído una hoja de papel de cartas. Me amenazó con enviar aquella carta a mi casa. Le supliqué que no lo hiciera. Cedió, pero advirtiéndome que guardaría la carta, y que a la primera reincidencia no podría ocultar por más tiempo mi mala conducta.

Aquella mezcla de descaró y de timidez desconcertaba y engañaba a los míos, del mismo modo que en la escuela mi gran facilidad, auténtica pereza, me hacía pasar por un buen alumno.

Volví a clase. El profesor, irónico, me llamó Don Juan. Me sentí sumamente halagado, sobre todo de que aludiera a una obra que yo conocía y mis compañeros no. Su «Buenos días, Don Juan» y mi sonrisa cómplice cambiaron la opinión de la clase sobre mí. Seguramente ya se habían enterado de que había encargado a un niño de primaria que llevase una carta a una «tía», como dicen los colegiales en su rudo lenguaje. Aquel niño se llamaba Messenger^[3]; no lo había elegido por su nombre, pero, en cualquier caso, semejante nombre me había inspirado confianza.

A la una había suplicado al director que no dijera nada a mi padre; a las cuatro ardía en deseos de contárselo todo. Aunque nadie me obligaba a ello, haría aquella confesión en honor a la franqueza. Sabiendo que mi padre no se enfadaría, me sentía encantado de que se enterara de mi proeza.

Se lo confesé, pues, añadiendo con orgullo que el director me había prometido una total discreción (como a una persona mayor). Mi padre quería saber si no me había inventado de cabo a rabo aquella historia de amor. Fue a ver al director. Durante aquella visita habló incidentalmente de lo que él consideraba una farsa.

—¿Qué? —dijo entonces el director, sorprendido y muy molesto—, ¿se lo ha contado? Me había suplicado que me callara, diciéndome que usted le mataría.

Aquella mentira del director suponía una excusa, lo que aumentó mi orgullo de hombre. Me gané al mismo tiempo el aprecio de mis compañeros y los guiños del profesor. El director ocultaba su rencor. Aquel infeliz ignoraba lo que yo ya sabía: mi padre, molesto con su conducta, había decidido dejarme terminar el año escolar y sacarme del colegio. Estábamos entonces a comienzos de junio. Mi madre, que no quería que aquello influyera sobre mis premios, sobre mis coronas, esperaba el reparto para dar la noticia. Llegado el día, y gracias a una injusticia del director, que temía confusamente las consecuencias de su mentira, fui el único de la clase que recibió la corona de oro y, por lo tanto, también el premio extraordinario. Cálculo desafortunado: el colegio perdió a sus dos mejores alumnos, pues el padre del premio extraordinario sacó a su hijo.

Alumnos como nosotros servíamos de reclamo para atraer a otros.

Mi madre me consideraba demasiado joven todavía para ir al Henri IV^[4]. En su interior, ello significaba tomar el tren. Me quedé dos años en casa trabajando solo.

Me prometía alegrías sin límite, porque, al conseguir hacer en cuatro horas el trabajo que mis antiguos condiscípulos no hubieran realizado en dos días, me quedaba libre más de la mitad del día. Paseaba solo a orillas del Marne, río que era ya tan nuestro que mis hermanas decían, refiriéndose al Sena, «un Marne». Llegaba incluso a subir a la barca de mi padre, a pesar de su prohibición; pero no me atrevía a remar, sin querer confesarme que mi temor no era a desobedecerle, sino miedo, a secas. Leía, tumbado en la barca. Entre 1913 y 1914 desfilaron por allí doscientos libros. Y no eran de los

que se consideraban malos libros, más bien al contrario, de los mejores, cuando no por el pensamiento, sí al menos por el mérito. Por eso, mucho más tarde, a la edad en que la adolescencia suele despreciar los libros de la Biblioteca rosa^[5], tomé gusto a su encanto infantil, mientras que en aquella época no los hubiera querido leer por nada en el mundo.

El inconveniente de aquellos recreos alternados con el trabajo era que todo el año se transformaba para mí en unas falsas vacaciones. Así, mi trabajo diario era cuestión de poca cosa, pero como, aun trabajando menos tiempo que los demás, lo seguía haciendo durante las vacaciones, aquella poca cosa era como un corcho atado a la cola de un gato durante toda la vida, cuando sin duda sería preferible arrastrar una sartén durante un mes.

Las verdaderas vacaciones se acercaban, pero yo me ocupaba bien poco de ellas, puesto que para mí continuaba el mismo régimen. El gato seguía mirando el queso bajo la campana. Pero llegó la guerra. Y la campana se rompió. Los amos tuvieron otros gatos para fustigar, y el gato se alegró de ello. A decir verdad, todo el mundo estaba contento en Francia. Los niños, con sus libros de premios bajo el brazo, se apiñaban ante los carteles. Los malos estudiantes se aprovechaban del desconcierto familiar.

Todos los días íbamos, después de comer, a la estación de J..., a dos kilómetros de casa, para ver pasar los trenes militares. Nos llevábamos campánulas y se las echábamos a los soldados. Señoras en bata servían vino tinto en las cantimploras y derramaban litros y litros sobre el andén tapizado de flores. Todo aquello me deja un recuerdo de fuego de artificio. Nunca hubo tanto vino desperdiciado, tantas flores muertas. Tuvimos que engalanar las ventanas de casa.

Pronto dejamos de ir a J... Mis hermanos y mis hermanas comenzaban a hartarse de la guerra, les parecía demasiado larga. Les estropeaba la playa. Acostumbrados a levantarse tarde, ahora tenían que ir a comprar el periódico a las seis de la mañana. ¡Vaya distracción! Pero hacia el veinte de agosto, esos jóvenes monstruos recobran la esperanza. En vez de irse, se quedan a la mesa, donde se entretienen las personas mayores, para oír a mi padre. Sin duda no habría ya medios de transporte. Tendríamos que ir en bicicleta hasta muy lejos. Mis hermanos gastan bromas a mi hermana pequeña. Las ruedas de su bicicleta apenas miden cuarenta centímetros de diámetro: «Te dejaremos sola en la carretera». Mi hermana solloza. ¡Pero con qué entusiasmo se saca brillo a las bicicletas! Ni rastro de pereza. Me proponen reparar la mía. Se levantan de madrugada para enterarse de las noticias. Mientras todos se asombran, descubro por fin el móvil de semejante patriotismo: ¡un viaje en bicicleta!, ¡hasta el mar!, un mar más lejano, más bello que de costumbre. Hubieran quemado París con tal de salir antes. Lo que aterrorizaba a Europa se había convertido para ellos en la única esperanza.

¿Acaso el egoísmo de los niños es tan diferente del nuestro? Durante el verano, en el campo, maldecimos la lluvia, mientras que los labradores la reclaman.

No es usual que un cataclismo se produzca sin fenómenos que lo anuncien. El atentado austriaco^[6], el escándalo del proceso Caillaux^[7], propagaban una atmósfera irrespirable, propicia a la extravagancia. Así pues, mi verdadero recuerdo de guerra precede a la guerra. Esto es lo que ocurrió:

Mis hermanos y yo solíamos burlarnos de uno de nuestros vecinos, un tipo grotesco, enano de perilla blanca tocado con capucha, concejal de Ayuntamiento, que se llamaba Maréchaud. Todo el mundo le llamaba el tío Maréchaud. Aunque éramos vecinos, no le saludábamos, cosa que le daba tanta rabia, que un día, no aguantando más, nos abordó en la calle y nos dijo: «¿Conque no se saluda a un concejal, eh?». Nos largamos de allí a toda prisa. A partir de aquella impertinencia, las hostilidades fueron manifiestas. Pero ¿qué podía hacer contra nosotros un concejal? Al ir y al volver del colegio, mis hermanos llamaban a su timbre, con tanta más audacia cuanto que el perro, que podía tener mi edad, no era de temer.

La víspera del 14 de julio de 1914^[8], cuando salía yo al encuentro de mis hermanos, cuál no sería mi sorpresa al ver un grupo de gente delante de la verja de los Maréchaud. Unos cuantos tilos podados dejaban ver su villa al fondo del jardín. Desde las dos de la tarde, su joven criada, que se había vuelto loca, se había subido al tejado y se negaba a bajar. Los Maréchaud, horrorizados por el escándalo, habían cerrado los postigos, de manera que el trágico efecto de ver a aquella loca sobre el tejado aumentaba, al parecer que la casa estaba abandonada. Algunas personas gritaban, indignadas de que los señores no hicieran nada para salvar a esa desgraciada. Ella titubeaba sobre las tejas, sin llegar a dar la impresión de estar borracha. Me hubiera gustado quedarme allí para siempre, pero nuestra criada, enviada por mi madre, vino a devolvernos a nuestros deberes. Si no, me quedaría sin fiesta. Me fui de allí con el alma en los pies, rogando a Dios que la criada siguiese todavía sobre el tejado cuando fuera a buscar a mi padre a la estación.

Y seguía en su puesto, pero los escasos transeúntes que volvían de París se apresuraban para llegar pronto a cenar y no perderse el baile. No le concedían más que un minuto de indiferencia. Tan sólo le dirigían una mirada distraída.

Por lo demás, para la criada sólo se trataba hasta entonces de un ensayo más o menos público. Debía debutar por la noche, según la costumbre, con los surtidores luminosos a modo de verdaderas candilejas. Estaban encendidos tanto los surtidores de la avenida como los del jardín, pues los Maréchaud, pese a su ausencia fingida, no se habían atrevido, como notables que eran, a dejarlo a oscuras. A lo fantástico de aquella casa del crimen, sobre cuyo tejado se paseaba, como sobre el puente de un navío empavesado, una mujer de cabellos ondulantes, contribuía mucho la voz de esa mujer: inhumana, gutural, de una dulzura que ponía la carne de gallina.

Como los bomberos de un pequeño municipio son «voluntarios», durante todo el día se ocupan de lo que no son bombas de incendio. Se trata del lechero, del pastelero, del cerrajero, quienes, una vez terminado su trabajo, irán a apagar el fuego, si es que no se ha extinguido por sí solo. Desde la movilización, nuestros bomberos habían formado, además, una especie de milicia misteriosa que hacía patrullas, maniobras y rondas nocturnas. Por fin llegaron esos valientes, abriéndose paso entre la multitud.

Una mujer se acercó a ellos. Era la esposa de un concejal, adversario de Maréchaud, y que, desde hacía algunos minutos, se compadecía ruidosamente de la loca. Dio algunos consejos al

capitán: «Trate de cogerla con dulzura; está tan privada de ella, la pobre, en esta casa donde se la maltrata. Y sobre todo, si lo que le hace obrar así es el miedo a ser despedida, de encontrarse sin trabajo, díganle que la emplearé en mi casa. Que le doblaré el sueldo».

Esa caridad tan ruidosa produjo escaso efecto en la multitud. Aquella señora les molestaba. Tan sólo se pensaba en la captura. Los bomberos, seis en total, escalaron la verja y rodearon la casa, trepando por todos sitios. Pero apenas uno de ellos apareció sobre el tejado, la multitud, como los niños en el guiñol, se puso a vociferar para prevenir a la víctima.

—¡Callaos! —gritaba la señora, lo cual excitaba aún más los «¡ahí va uno!» del público. Ante los gritos, la loca, armándose de tejas, lanzó una sobre el casco del bombero que había llegado a la techumbre. Los otros cinco bajaron rápidamente.

Mientras que, en la plaza del Ayuntamiento, los propietarios de los tiros al blanco, de los tiouvivos, de las barracas, se lamentaban de ver tan poca clientela, en una noche en la que los ingresos debían ser fructíferos, los golfos más atrevidos escalaban los muros y se aglomeraban en el césped para presenciar la caza. La loca decía cosas que he olvidado, con esa profunda melancolía resignada que confiere a la voz ese convencimiento de que se tiene razón, de que todo el mundo está equivocado. Los golfos, que preferían ese espectáculo a la feria, querían, sin embargo, compaginar las diversiones. Por eso, temerosos de que apresaran a la loca en su ausencia, corrían a dar rápidamente una vuelta en los caballitos. Otros, más sensatos, instalados en las ramas de los tilos como para la parada de Vincennes, se contentaban con quemar luces de Bengala y cohetes.

Puede imaginarse la angustia del matrimonio Maréchaud, en su casa, encerrado en medio del ruido y de los resplandores.

El concejal marido de la señora caritativa improvisaba, subido al pequeño muro de la verja, un discurso sobre la cobardía de los propietarios. Se le aplaudió.

Creuyendo que era a ella a quien aplaudían, la loca saludaba con un montón de tejas en cada brazo, arrojando una cada vez que brillaba un casco. Agradecía, con su voz inhumana, que al fin se la hubiese comprendido. Tuve la imagen de una mujer, capitán pirata, que permanece sola en su barco a medio hundir.

La multitud se dispersaba ya, un poco cansada. Yo había querido quedarme con mi padre, mientras mi madre, para satisfacer esa necesidad de mareo que tienen los niños, llevaba a los suyos de los tiouvivos a las montañas rusas. En realidad, yo sentía esa extraña necesidad más vivamente que mis hermanos. Me gustaba que mi corazón latiera rápida e irregularmente. Aquel espectáculo, de una profunda poesía, me satisfacía más. «Qué pálido estás», había dicho mi madre. Encontré el pretexto de las luces de Bengala. Me daban, dije, un color verde.

—De todos modos, temo que esto le impresione demasiado —le dijo a mi padre.

—¡Oh! —respondió él—, no conozco a nadie más insensible. Puede contemplar lo que sea, salvo ver desollar a un conejo.

Mi padre decía eso para que me quedara. Pero sabía que el espectáculo me trastornaba. Yo notaba que también le afectaba a él. Le pedí que me subiera en sus hombros para ver mejor. En realidad, iba a desvanecerme, mis piernas ya no me sostenían.

Ahora ya no quedaban más de veinte personas. Oímos las cornetas. Anunciaban el desfile de las antorchas.

Cien antorchas alumbraban de repente a la loca, como cuando, tras la delicada luz de las candilejas, el magnesio estalla para fotografiar a una nueva estrella. Entonces, agitando sus manos en señal de despedida y creyendo que era el fin del mundo, o, simplemente, que la iban a coger, se arrojó del tejado, rompió la marquesina en su caída, con un estrépito espantoso, para venir a aplastarse contra los escalones de piedra. Hasta entonces había tratado de soportarlo todo aunque me zumbaran los oídos y el corazón me fallara. Pero cuando oí que algunos gritaban: «Todavía vive», me caí de los hombros de mi padre, sin conocimiento.

Cuando volví en mí, me llevó a la orilla del Marne. Nos quedamos allí hasta muy tarde, en silencio, tendidos sobre la hierba.

A la vuelta, me pareció ver detrás de la verja una silueta blanca, ¡el fantasma de la criada! Era el tío Maréchaud con el gorro de dormir contemplando los desperfectos, su marquesina, sus tejas, su césped, sus macizos, sus escalones cubiertos de sangre, su prestigio destruido.

Si insisto sobre un episodio semejante es porque hace comprender mejor que cualquier otro el extraño periodo de la guerra, y cómo me impresionaba, más que lo pintoresco, la poesía de las cosas.

OÍMOS el cañonazo. Se combatía cerca de Meaux^[9]. Se decía que habían capturado a unos ulanos^[10] cerca de Lagny^[11], a quince kilómetros de casa. Mientras mi tía hablaba de una amiga, que había huido desde los primeros días de la guerra después de haber enterrado en su jardín relojes de péndulo y latas de sardinas, pregunté a mi padre qué medio había para trasladar nuestros viejos libros; era lo que más me costaría perder.

Finalmente, en el momento en que nos disponíamos a la huida, los periódicos nos convencieron de que era inútil^[12].

Mis hermanas iban ahora a J... a llevar cestos de peras a los heridos. Habían descubierto una compensación, mediocre, a decir verdad, a todos sus hermosos proyectos truncados. Cuando llegaban a J..., ¡los cestos estaban casi vacíos!

Me correspondía entrar en el liceo Henri IV; pero mi padre prefirió retenerme un año más en el campo. Durante aquel triste invierno mi única distracción era la de ir corriendo a casa de nuestro vendedor de periódicos, para estar seguro de conseguir un ejemplar del *Mot*^[13], un periódico que me gustaba y que aparecía los sábados. Esos días nunca me levantaba tarde.

Pero llegó la primavera, amenizada por mis primeras locuras. Bajo el pretexto de ir a postular, aquella primavera salí muy a menudo a pasear, endomingado y con una jovencita a mi derecha. Yo llevaba el cepillo. Ella la bandeja con las insignias. Desde la segunda cuestación, unos compañeros me enseñaron a aprovechar bien aquellos días de libertad en los que se me arrojaba en brazos de alguna niña. A partir de entonces, nos apresurábamos a recaudar el mayor dinero posible por la mañana, entregábamos a mediodía nuestra colecta a la dama patrocinadora y nos íbamos el resto del día a golpear por las praderas de Chennevières. Por primera vez tuve un amigo. Me gustaba ir a postular con su hermana. Por vez primera me entendía con un muchacho tan precoz como yo, e incluso admiraba su belleza, su desvergüenza. Nuestro común desprecio por los de nuestra edad nos unía aún más. Nos considerábamos los únicos capaces de comprender las cosas y, además, nos creíamos los únicos dignos de mujeres. Nos creíamos hombres. Por fortuna no íbamos a estar separados. René iba ya al liceo Henri IV, y yo estaría en su clase, en cuarto. Él no tenía que estudiar griego; pero hizo por mí el gran sacrificio de convencer a sus padres para que le dejaran estudiarlo. Así, estaríamos siempre juntos. Como no había hecho el primer curso, aquello le obligaba a recibir clases particulares. Los padres de René no comprendieron nada, pues el año anterior tan sólo por las súplicas de éste habían consentido en que no estudiase griego. Vieron en ello el efecto de mi buena influencia, y, si bien soportaban a sus otros compañeros, yo era, sin duda, el único amigo que contaba con su aprobación.

Por primera vez, aquel año no me resultó aburrido ningún día de vacaciones. Me di cuenta, por tanto, de que nadie escapa a su edad, y de que mi peligroso desprecio se había fundido como el hielo desde que alguien se había ocupado de mí de la forma en que a mí me convenía. Nuestros progresos comunes acortaron a la mitad el camino que nuestro mutuo orgullo había de recorrer.

El primer día de clase, René fue para mí un guía inestimable.

Con él todo se me hacía agradable, y yo, que no podía dar un paso solo, gustaba de hacer ahora a pie, dos veces al día, el trayecto que separa el Henri IV de la estación de la Bastilla, donde tomábamos el tren.

Así transcurrieron tres años, sin más amistad y sin más esperanza que las diabluras de los

jueves^[14] —con las niñas que los padres de mi amigo nos proporcionaban inocentemente, invitando al mismo tiempo a merendar a los amigos de su hijo y a las amigas de su hija—, pequeños favores que nosotros obteníamos y ellas obtenían de nosotros, bajo el pretexto de jugar a las prendas.

LLEGADO el buen tiempo, a mi padre le gustaba llevarnos, a mis hermanos y a mí, a dar largos paseos. Uno de nuestros objetivos favoritos era Ormesson, así como seguir el curso del Morbras, arroyo de un metro de ancho que atravesaba praderas donde crecen flores que no se encuentran en ningún otro sitio y cuyo nombre he olvidado. Matas de berro o de menta ocultan el lugar donde nace el agua al pie que se aventura. El arroyo arrastra en primavera miles de pétalos blancos y rosados. Son los espinos.

Un domingo de abril de 1917, como solíamos hacer a menudo, tomamos el tren para La Varenne, desde donde teníamos que ir andando a Ormesson. Mi padre me dijo que en La Varenne nos encontraríamos con unas personas muy agradables, los Grangier. Yo ya los conocía, porque había visto el nombre de su hija, Marthe, en el catálogo de una exposición de pintura. Un día había oído hablar a mis padres de la visita de un cierto señor Grangier. Vino, en efecto, con un cartapacio lleno de pinturas de su hija, que tenía dieciocho años. Marthe estaba enferma. Su padre quería darle una sorpresa: que sus acuarelas figurasen en una exposición benéfica que mi madre presidía. Eran unas acuarelas sin pretensión alguna; dejaban adivinar a la alumna aventajada de la clase de dibujo, sacando la lengua, chupando sus pinceles.

En el andén de la estación de La Varenne los Grangier nos estaban esperando. El señor y la señora Grangier debían de ser de la misma edad, rozando los cincuenta. Pero la señora Grangier parecía mayor que su marido; su aspecto ordinario y su baja estatura hicieron que me desagradase al primer vistazo.

En el transcurso de aquel paseo pude darme cuenta de que fruncía el ceño a menudo, lo que hacía que su frente se cubriese de arrugas que tardaban al menos un minuto en desaparecer. Y para que, sin tener que reprocharme el ser injusto con ella, no me faltase ningún motivo de desagrado, estaba deseando que hablase vulgarmente. A este respecto me decepcionó.

El padre, por su parte, tenía aspecto de buena persona, antiguo suboficial adorado por sus soldados. Pero ¿dónde estaba Marthe? Me estremecía ante la perspectiva de un paseo sin más compañía que la de sus padres. Había de llegar en el próximo tren, «dentro de un cuarto de hora —explicó la señora Grangier—, ya que no ha podido estar lista a tiempo. Su hermano vendrá con ella».

Cuando el tren entró en la estación, Marthe estaba de pie sobre el estribo del vagón. «Espera a que el tren se pare», le gritó su madre... Aquella imprudente me encantó.

Su vestido, su sombrero, muy sencillos, demostraban la poca importancia que concedía a la opinión de los desconocidos. Llevaba de la mano a un niño, que parecía tener once años. Era su hermano, un muchacho pálido, con el cabello albino, cuyos gestos revelaban su enfermedad.

Por el camino, Marthe y yo íbamos en cabeza. Mi padre iba detrás, entre los Grangier.

Mis hermanos, por su parte, no hacían sino bostezar en compañía de su nuevo y enclenque amiguito, a quien le estaba prohibido correr.

Al felicitar a Marthe por sus acuarelas, me respondió modestamente que sólo eran unos bocetos. No les concedía ninguna importancia. Ya me enseñaría algo mejor, unas flores «estilizadas». Consideré oportuno, al menos de momento, no decirle que aquel tipo de flores me parecía ridículo.

Bajo su sombrero no podía verme bien. Yo, sin embargo, la observaba con atención.

—No se parece usted mucho a su madre —le dije.

Era un piropo.

—Sí, me lo dicen a veces, pero cuando venga usted a casa le enseñaré las fotografías de mamá cuando era joven, me parezco mucho a ella.

Aquella respuesta me entristeció y rogué a Dios que no me permitiera ver a Marthe cuando tuviese la edad de su madre.

Como quería disipar el malestar producido por esa penosa respuesta, sin comprender que tan sólo resultaba penosa para mí, pues Marthe, afortunadamente, no veía a su madre con mis ojos, le dije:

—Hace usted mal peinándose así, el pelo liso le sentaría mejor.

Me quedé horrorizado, ya que nunca había dicho algo semejante a una mujer. Pensé en cómo iba yo mismo peinado.

—Puede usted preguntarle a mamá (¡como si tuviera necesidad de justificarse!); habitualmente, no me peino tan mal, pero hoy iba ya con tanto retraso que temí perder el segundo tren. Además no tenía intención de quitarme el sombrero.

«¿Qué clase de chica es ésta —pensé—, que admite que un muchacho la regañe por su pelo?».

Intenté averiguar sus gustos literarios; me alegró mucho que conociese a Baudelaire y a Verlaine, y me encantó su manera de apreciar a Baudelaire, que, sin embargo, no se correspondía con la mía. Intuí en ello algo de rebeldía. Sus padres habían terminado por aceptar sus gustos. Y Marthe les reprochaba que lo hubieran hecho por cariño. Su prometido, en sus cartas, le hablaba de lo que leía, y si bien le aconsejaba algunos libros, también le prohibía otros. Le había prohibido *Les Fleurs du mal*^[15]. Desagradablemente sorprendido al enterarme de que estaba prometida, me alegró saber que desobedecía a un soldado tan simple como para temer a Baudelaire. Me alegré también al pensar que debía contrariar a menudo a Marthe. Tras la primera sorpresa desagradable, me alegré de su estrechez de miras, tanto más cuanto que si a él le hubiese gustado también *Les Fleurs du mal* hubiera temido que su futura casa se pareciera a la de *La mort des Amants*^[16]. Acto seguido me pregunté qué podía importarme todo eso.

Su prometido le había prohibido también las academias de dibujo. Aunque yo no acudía nunca a ellas, le propuse acompañarla, añadiendo que yo también iba a menudo. Pero, temiendo que mi mentira se descubriese, le rogué que no dijera nada de aquello a mi padre. Él ignoraba, le dije, que faltaba a mis clases de gimnasia para ir a la Grande Chaumière^[17], pues no quería que ella pudiera figurarse que yo ocultaba a mis padres lo de la academia porque ellos me prohibían ver mujeres desnudas. Estaba feliz de que compartiéramos un secreto y, a pesar de mi timidez, me sentía ya un tirano con ella.

Me sentía orgulloso, además, de ser preferido al campo, pues todavía no habíamos aludido una sola vez al decorado de nuestro paseo. De vez en cuando sus padres la llamaban: «Marthe, mira a tu derecha, qué bonitas son las colinas de Chennevières», o bien, se acercaba su hermano a preguntarle el nombre de una flor que acababa de recoger. Ella les concedía una atención distraída, justo la precisa para que no se enfadaran.

Nos sentamos en los prados de Ormesson. Me lamentaba, en mi ingenuidad, de haber llegado tan lejos, y de haber precipitado tanto las cosas. «Después de una conversación menos sentimental, más natural —pensaba—, podría deslumbrar a Marthe y ganarme la complacencia de sus padres contando el pasado de este pueblo». Me abstuve de hacerlo. Creía tener razones profundas y pensaba que,

después de todo lo que había pasado, una conversación tan ajena a nuestras inquietudes comunes no podría sino romper el encanto. Yo creía que habían ocurrido cosas graves. Y estaba en lo cierto, pero tan sólo lo supe más tarde, ya que Marthe había desvirtuado nuestra conversación tanto como yo. Pero yo, que no podía darme cuenta, me figuraba haberle dirigido palabras significativas. Creía haber declarado mi amor a una persona insensible. Olvidaba que los señores Grangier hubiesen podido oír sin el menor inconveniente todo lo que le había dicho a su hija; pero ¿acaso hubiera podido yo decírselo en su presencia?

—Marthe no me intimida —me repetía una y otra vez—. Tan sólo son sus padres y mi padre los que me impiden inclinarme hacia su cuello y besarla.

En lo más profundo de mí, otro muchacho distinto se alegraba de la presencia de aquellos aguafiestas, pensando:

—¡Menos mal que no estoy solo con ella! Tampoco me atrevería a besarla y entonces no tendría excusa alguna.

Así es como hace trampas el tímido.

Debíamos volver a tomar el tren en la estación de Sucy. Como nos quedaba media hora de espera, nos sentamos en la terraza de un café. Tuve que soportar los elogios de la señora Grangier. Me humillaban. Recordaban a su hija que yo iba todavía al liceo, y que me examinaría de reválida dentro de un año. Marthe quiso beber una granadina; yo también pedí una... Aquella misma mañana me hubiera sentido deshonrado bebiendo granadina. Mi padre no entendía nada. Siempre me dejaba tomar un aperitivo. Temí que bromease por mi formalidad. Lo hizo, en efecto, pero a medias tintas, de modo que Marthe no adivinó que estaba tomando granadina tan sólo por imitarla.

Una vez llegados a F..., nos despedimos de los Grangier. Prometí a Marthe llevarle el jueves siguiente la colección del periódico *Le Mot* y *Une saison en enfer*^[18].

—¡Otro título que le gustaría a mi prometido! —dijo riendo.

—¡Vamos, Marthe! —dijo, frunciendo el ceño, su madre, a quien semejante falta de sumisión sorprendía siempre.

Mi padre y mis hermanos se habían aburrido, pero ¡qué importaba! La felicidad es egoísta.

AL día siguiente, en el liceo, no sentí la necesidad de contarle mi jornada del domingo a René, al que siempre le decía todo. No estaba de humor para aguantar que se burlara de mí por no haber besado a Marthe a escondidas. Otra cosa, además, me sorprendía: aquel día encontraba a René menos diferente del resto de mis compañeros.

Al sentir amor hacia Marthe, se lo quitaba a René, a mis padres, a mis hermanas.

Me había propuesto tener la suficiente fuerza de voluntad para no ir a verla antes del día de nuestra cita. Sin embargo, el martes por la tarde, no pudiendo esperar más, supe ofrecer a mi debilidad una buena excusa que me permitiese ir a llevarle, después de la comida, el libro y los periódicos. En esa muestra de impaciencia, pensaba, Marthe vería la prueba de mi amor, y si rehusaba entenderla ya sabría yo hacérsela ver.

Durante un cuarto de hora corrí como un loco hasta su casa. Entonces, temiendo molestarla mientras comía, esperé diez minutos, empapado en sudor, ante la verja. Pensaba que en ese tiempo cesarían las palpitations de mi corazón. Pero, al contrario, se acrecentaban. Estuve a punto de volverme atrás, pero hacía algunos minutos que una mujer me miraba con curiosidad desde una ventana próxima, queriendo averiguar lo que hacía refugiado en aquel portal. Ella hizo que me decidiera. Llamé a la puerta. Entré en la casa. Pregunté a la criada si la señora estaba en casa. Casi enseguida la señora Grangier se presentó en la pequeña habitación donde me habían hecho pasar. Me sobresalté, como si la criada hubiera debido comprender que yo había preguntado por «la señora» por compostura, pero que a quien quería ver era a la «señorita». Sonrojándome, rogué a la señora Grangier me excusara por molestarla a semejante hora, como si fuera la una de la mañana: como no podía venir el jueves, traía a su hija el libro y los periódicos.

—Es usted muy oportuno —me dijo la señora Grangier—, porque Marthe no habría podido verle. Su prometido ha conseguido el permiso quince días antes de lo que pensaba. Llegó ayer, y Marthe cena esta noche en casa de sus futuros suegros.

Así que me marché, y como creía que no tendría más ocasiones de volverla a ver, traté de no pensar en Marthe y, precisamente por eso, no hacía más que pensar en ella.

Pero, un mes más tarde, cuando saltaba de mi vagón una mañana, en la estación de la Bastilla, vi que ella se apeaba de otro. Iba de tiendas para elegir diversas cosas, con vistas a su boda. Le pedí que me acompañase al Henri IV.

—¡Anda! —dijo ella—, el año próximo, cuando esté en quinto, tendrá a mi suegro como profesor de geografía.

Molesto de que me hablase de estudios, como si ninguna otra conversación fuera propia de mi edad, le respondí agriamente que sería muy divertido.

Fruunció el ceño. Me acordé de su madre.

Llegábamos ya al Henri IV y, como no quería separarme de ella tras aquellas palabras que me

parecían hirientes, decidí ir a clase una hora más tarde, después de la de dibujo. Me alegró que en esta circunstancia Marthe no hiciera gala de seriedad, que no me reprochase nada, sino, antes bien, pareciera agradecerme ese sacrificio, que en realidad no lo era. Le agradecí también que no me propusiera, a cambio, acompañarla en sus compras, sino que me concediera todo su tiempo como yo le había concedido el mío.

Estábamos ahora en el jardín de Luxemburgo; dieron las nueve en el reloj del Senado. Renuncié a ir al liceo. Llevaba en el bolsillo, de milagro, más dinero del que suele disponer un colegial en dos años, pues había vendido el día anterior mis más valiosos sellos en el Mercado de sellos, que está detrás del Guñol de los Campos Elíseos.

Como durante la conversación Marthe me había dicho que almorzaba en casa de sus suegros, decidí convencerla de que se quedara conmigo. Dieron las nueve y media. Marthe, que no estaba todavía acostumbrada a que se abandonasen por ella todas las obligaciones escolares, se sobresaltó. Pero al ver que yo permanecía en mi silla de hierro, no tuvo el valor de recordarme que en aquellos momentos hubiera debido estar sentado en los pupitres del Henri IV.

Permanecíamos inmóviles. Así debe ser la felicidad. Un perro saltó del estanque y se sacudió. Marthe se puso en pie, como el que, tras la siesta, se sacude los sueños, con el rostro aún abotagado de dormir. Hacía movimientos gimnásticos con los brazos. Lo consideré un mal augurio para nuestro futuro entendimiento.

—Estas sillas son demasiado duras —me dijo, como excusándose por estar de pie.

Llevaba un vestido de tela muy fina, arrugado de estar tanto tiempo sentada. No pude impedir el imaginarme los dibujos que un respaldo de rejilla imprime sobre la piel.

—¿Por qué no se viene conmigo de tiendas, ya que ha decidido no ir a clase? —dijo Marthe, aludiendo por primera vez a lo que yo descuidaba por ella.

La acompañé a varias lencerías, impidiendo que encargara cosas que le gustaban y que a mí me desagradaban; por ejemplo, todo lo rosa, que me irrita y que era su color favorito.

Después de esas primeras victorias, había que conseguir que Marthe renunciase a almorzar con sus suegros. Como no imaginaba que ella pudiese mentirles sólo por gusto de seguir a mi lado, me puse a buscar lo que podría decidirla a hacer novillos conmigo. Marthe suspiraba por conocer un bar americano. Nunca se había atrevido a pedirle a su prometido que la llevase a uno. Él, por lo demás, desconocía los bares. Allí tenía, pues, mi pretexto. Ante su negativa, que dejaba traslucir una verdadera desilusión, pensé que acabaría viniendo. Al cabo de media hora, en la que había recurrido a todo para convencerla y, como no quería insistir más, la acompañé hasta casa de sus suegros, en el estado de ánimo de un condenado a muerte que, camino el suplicio, espera hasta el último momento un golpe de mano liberador. Pero de repente, Marthe, golpeando el cristal, hizo parar al conductor del taxi ante una oficina de correos y me dijo:

—Espéreme un segundo. Voy a telefonar a mi suegra para decirle que estoy en un barrio demasiado alejado para llegar a tiempo.

Como al cabo de unos minutos no aguantaba más de impaciencia, al ver a una florista callejera, fui eligiendo una a una rosas rojas para que me hiciera un ramo. No pensaba tanto en la alegría de Marthe como en su necesidad de mentir de nuevo por la noche para explicar a sus padres de dónde procedían aquellas rosas. Nuestro proyecto, tras aquel primer encuentro, de ir juntos a una academia

de dibujo; la mentira del teléfono, que habría de repetir por la noche a sus padres y a la que habría que añadir la de las rosas, me resultaban favores más dulces que un beso. Y es que habiendo besado a menudo, sin gran placer, los labios de algunas niñas y olvidando que era porque no las amaba, los labios de Marthe me atraían poco. Mientras que tal complicidad me era, hasta aquel día, desconocida.

Marthe salía de correos, radiante tras su primera mentira. Di al chofer la dirección de un bar de la calle Daunou.

Se extasiaba, como una colegiala, ante la chaquetilla blanca del barman, la gracia con que agitaba las cocteleras de plata, los nombres, extraños o poéticos, de los combinados. De vez en cuando aspiraba el olor de las rosas rojas, con las que se proponía pintar una acuarela, que me regalaría en recuerdo de aquel día. Le pedí que me enseñara una fotografía de su prometido. Lo encontré guapo. Al darme cuenta de la importancia que ella concedía a mis opiniones, llevé la hipocresía hasta el extremo de decirle que era muy guapo, pero con aire poco convencido, para hacerle pensar que se lo decía por cumplir. Lo cual, desde mi punto de vista, sembraría la confusión en el ánimo de Marthe y me haría, además, ganar su gratitud.

Pero por la tarde hubo que dedicarse al motivo del viaje. Su prometido, del que Marthe conocía bien los gustos, le había dado completa libertad para elegir el mobiliario. Su madre, sin embargo, quería a toda costa acompañarla. Marthe, finalmente, después de prometerle que no cometería locuras, había conseguido venir sola. Ese día tenía que seleccionar algunos muebles para el dormitorio. Aunque me había propuesto a mí mismo no mostrar ni alegría desbordada ni desagrado a ninguna de las palabras de Marthe, tuve que hacer un gran esfuerzo para seguir andando por el bulevar con un paso tranquilo que ahora ya no correspondía al ritmo de mi corazón.

La obligación de acompañar a Marthe me pareció una desgracia. ¡Tenía que ayudarla a escoger un dormitorio para ella y otro hombre! Vislumbré, después, la posibilidad de elegir una alcoba para Marthe y para mí.

Me olvidé tan pronto de su prometido que, al cabo de un cuarto de hora de marcha, me hubiera sorprendido si alguien me hubiese recordado que en aquella habitación otro hombre dormiría junto a ella.

A su prometido le gustaba el estilo Luis XV^[19].

El mal gusto de Marthe era de otro tipo: ella se inclinaba más bien por lo japonés. Tuve, por tanto, que combatir a los dos. Quien jugase más rápido ganaría la partida. A la menor insinuación de Marthe, adivinando enseguida lo que le atraía, me apresuraba a señalarle lo contrario, que no siempre era lo que más me gustaba, para poder aparentar después que cedía a sus caprichos cuando dejaba de lado un mueble por otro que hacía menos daño a la vista.

Marthe susurraba: «Y él que quería un dormitorio rosa». Como no se atrevía ni siquiera a confesarme sus propios gustos, se los atribuía a su prometido. Intuí que al cabo de pocos días nos burlaríamos de él los dos juntos.

Sin embargo, no comprendía muy bien esa debilidad.

«Si ella no me quiere —pensé—, ¿qué razones tiene para ceder ante mí, para sacrificar sus preferencias y las de su prometido, a las mías?». No encontré ninguna. La más sencilla hubiera sido reconocer que Marthe se había enamorado de mí. Sin embargo, yo estaba seguro de lo contrario.

Marthe me había dicho: «Al menos, dejémosle que la tela sea rosa». «¡Dejémosle!». Sólo por esa palabra estuve a punto de ceder. Pero «dejarle que la tela fuera rosa» equivalía a abandonarlo todo. Hice ver a Marthe cómo unas paredes en rosa estropearían los sencillos muebles que «habíamos elegido» y, retrocediendo de nuevo ante el escándalo, ¡le aconsejé que pintara las paredes de su cuarto a la cal!

Aquello era el tiro de gracia. Pero como Marthe había estado todo el día tan acosada, lo acogió sin indignación. Se limitó a decirme: «Efectivamente, tiene razón».

Al final de esa jornada tan fatigosa me encontraba satisfecho del paso que había dado. Había conseguido transformar, mueble a mueble, aquel matrimonio por amor, o, mejor dicho, por capricho, en un matrimonio de conveniencia, y ¡vaya matrimonio!, pues la razón no ocupaba lugar alguno, ya que ninguno de los dos podía hallar en el otro sino las ventajas de un matrimonio por amor.

Al separarnos aquella noche, en vez de intentar eludir mis consejos en lo sucesivo, me pidió que la ayudara los próximos días a elegir los demás muebles... Se lo prometí, pero a condición de que me jurase no decírselo nunca a su novio, ya que la única razón que, a la larga, podría hacerle tolerar esos muebles, sería, si verdaderamente estaba enamorado de Marthe, la de pensar que todo provenía de ella, de su voluntad, que se convertiría en la de ambos.

Cuando volví a casa creí leer en el rostro de mi padre que estaba al tanto de mi escapada. Naturalmente, no sabía nada: ¿cómo habría podido saberlo?

«¡Bah!, Jacques se acostumbrará pronto a esta habitación», había dicho Marthe. Al acostarme me estuve repitiendo que sí, antes de dormirse, Marthe pensaba en su matrimonio, aquella noche debía enfocarlo de muy diferente manera a como lo había hecho en días anteriores. En cuanto a mí, y cualquiera que fuese el resultado del idilio, ya me había vengado sobradamente de su Jacques: imaginaba la noche de bodas en aquella austera habitación, ¡en «mi» habitación!

A la mañana siguiente aceché en la calle la llegada del cartero que debía traer el aviso de falta de asistencia. Me dio la carta y me la metí en el bolsillo, echando las demás en el buzón de nuestra verja. Procedimiento demasiado sencillo para no dejar de utilizarlo nunca.

Para mí, faltar a clase quería decir que estaba enamorado de Marthe. Me equivocaba. Marthe no era más que el pretexto de esos novillos. Y la prueba era que, después de haber disfrutado de los goces de la libertad en compañía de Marthe, quise saborearlos solo, y después, hacer adeptos. La libertad pronto se convirtió en una droga para mí.

El año escolar tocaba a su fin y veía con terror que mi pereza iba a quedar impune, cuando lo que deseaba era la expulsión del colegio, todo un drama, en fin, que concluyera aquel periodo.

A fuerza de vivir con las mismas ideas, de no ver, si se la desea ardientemente, más que una sola cosa, ya no se da uno cuenta de la maldad de sus propios deseos. Por supuesto, yo no pretendía causar disgustos a mi padre; sin embargo, deseaba aquello que más podía procurárselos. Las clases siempre me habían resultado un suplicio; Marthe y la libertad habían acabado de hacérmelas intolerables. Me daba cuenta de que si ahora quería menos a René era, simplemente, porque él me recordaba cosas del colegio. Sufría mucho, y ese temor me hacía incluso enfermar ante la idea de encontrarme de nuevo, al año siguiente, en medio de la necedad de mis condiscípulos.

Para desgracia de René, le había hecho compartir demasiado mi vicio. De manera que cuando, menos hábil que yo, me anunció que le habían expulsado del Henri IV, yo también creí estarlo. Tenía

que decirselo a mi padre —pues él, además, agradecería que se lo comunicase yo mismo— antes de que llegara la carta del subdirector, una carta demasiado grave para sustraerla.

Estábamos a miércoles. Al día siguiente, que era festivo, esperé a que mi padre se fuera a París para advertir a mi madre. La perspectiva de cuatro días de desconcierto en casa le preocupó más que la noticia. Después me fui a la ribera del Marne, donde Marthe me había dicho que quizás se reuniría conmigo. Pero no estaba. Y fue una suerte. Puesto que en ese encuentro mi amor habría ganado unas energías nocivas, por lo que, acto seguido, hubiera podido enfrentarme a mi padre; mientras que así, al estallar la tormenta después de un día vacío y triste, regresé como convenía, con la cabeza gacha. Entré en casa un poco después de la hora en la que sabía que mi padre acostumbraba a llegar. Ya «lo sabía», por tanto. Di un paseo por el jardín, esperando que me mandara llamar. Mis hermanas jugaban en silencio. Intuían algo. Uno de mis hermanos, bastante excitado por la tormenta, me dijo que fuera a la habitación donde se hallaba mi padre.

Los gritos, las amenazas, me hubiesen permitido mostrar rebeldía. Pero fue peor. Mi padre guardaba silencio; después, sin la menor cólera, con un tono de voz incluso más suave que de costumbre, me dijo:

—Bueno, ¿qué piensas hacer ahora?

Las lágrimas, que no podían escaparse por los ojos, me zumbaban en la cabeza como un enjambre de abejas. Al genio airado yo hubiera podido oponer el mío, aunque impotente. Pero, ante semejante dulzura, tan sólo pensé en someterme.

—Lo que tú me mandes.

—No, no mientas otra vez. Siempre te he dejado hacer lo que querías; continúa haciéndolo. Aunque, sin duda, te esforzarás para que me arrepienta de ello.

Cuando se es muy joven se tiende a creer, como ocurre con las mujeres, que las lágrimas compensan todo. Pero mi padre ni siquiera me pedía lágrimas. Ante su generosidad me avergonzaba del presente y del futuro. Porque presentía que, le dijera lo que le dijera, le mentiría. «Por lo menos —pensaba—, que esta mentira le reconforte antes de volver a ser para él fuente de nuevos disgustos. O al contrario, quizá, lo que trato es de mentirme a mí mismo». Lo que en realidad quería era dedicarme a un trabajo apenas más cansado que un paseo, y que me dejara, como aquél, la libertad de espíritu suficiente para no separarme ni un minuto de Marthe. Fingí que quería dedicarme a la pintura, deseo que nunca me había atrevido a confesar. Una vez más, mi padre no se opuso, a condición de que continuara estudiando en casa lo que debería estudiar en el colegio, pero con toda la libertad para pintar.

Cuando los vínculos no son aún muy sólidos basta con faltar a una cita para olvidar a alguien. A fuerza de pensar en Marthe, cada vez pensaba menos en ella. Mi mente actuaba del mismo modo que los ojos ante el papel de las paredes de nuestra habitación. A fuerza de mirarlo, se termina por no verlo.

¡Increíble! Había llegado incluso a tomarle gusto al trabajo. No había mentido tanto como me había temido.

Cuando alguna cosa venida del exterior me obligaba a pensar en Marthe con menos pereza, la recordaba con cariño, con la melancolía que se siente por lo que hubiera podido ser. «¡Bah! —me decía—, hubiera sido demasiado hermoso. No se puede a la vez elegir la cama y acostarse en ella».

TAN sólo una cosa extrañaba a mi padre. La carta del prefecto no llegaba. Con este motivo me hizo su primera escena, creyendo que yo había sustraído la carta y que había fingido a continuación anunciarle gratuitamente la noticia, para obtener así su indulgencia. En realidad, esa carta no existía. Creía haber sido expulsado del colegio, pero me equivocaba. De este modo mi padre no supo a qué atenerse cuando al comienzo de las vacaciones recibimos una carta del director.

En ella preguntaba si estaba enfermo y si había de matricularme para el curso siguiente.

LA alegría de haber dado por fin una satisfacción a mi padre colmaba un poco el vacío sentimental en el que me hallaba; pues, aunque creía que ya no estaba enamorado de Marthe, la seguía considerando como el único amor que hubiera sido digno de mí. Lo que significa que todavía la amaba.

Me encontraba en esta disposición de ánimo cuando, a finales de noviembre, un mes después de haber recibido la participación de su boda, me encontré, al volver a casa, una invitación de Marthe que comenzaba por estas líneas: «No comprendo para nada su silencio. ¿Por qué no viene a verme? ¿Se ha olvidado ya de que eligió mis muebles...?».

Marthe vivía en J...; su calle descendía hasta el Marne. Cada manzana reunía, como máximo, una docena de chalets. Me sorprendió que el suyo fuera tan grande. En realidad, Marthe habitaba solamente el piso de arriba, y los propietarios y un viejo matrimonio compartían la planta baja.

Cuando llegué para la merienda era ya de noche. Tan sólo una ventana, a falta de toda presencia humana, revelaba la del fuego. Al ver aquella ventana iluminada por llamas tan desiguales como las olas, creí que había un conato de incendio. La puerta de hierro del jardín estaba entreabierta. Me sorprendí de aquel descuido. Busqué el timbre: no lo encontré por ningún lado. Finalmente, después de subir los tres peldaños de la escalinata, me decidí a golpear los cristales de la planta baja derecha, tras de los cuales se oían voces. Una anciana me abrió la puerta: le pregunté dónde vivía la señora Lacombe (ése era el nuevo apellido de Marthe): «Es arriba». Subí la escalera a oscuras, tropezando, dándome contra las paredes, temiendo que hubiera sucedido alguna desgracia. Llamé. Me abrió Marthe. Estuve a punto de echarme en sus brazos, como la gente que acaba de escapar de un naufragio, aunque apenas se conoce. Pero ella no lo hubiera comprendido. Debió, indudablemente, encontrarme un tanto despistado, puesto que, antes que nada, le pregunté que por qué «había fuego en su casa».

—Es que mientras le esperaba he encendido la chimenea del salón con madera de olivo, y estaba leyendo a la luz del fuego.

Al entrar en el cuartito que le servía de salón, nada recargado de muebles pero al que las cortinas y las gruesas alfombras, suaves como el pelaje de un animal, empequeñecían tanto que parecía una lata de sardinas, me sentí a la vez feliz y desgraciado, como un dramaturgo que al contemplar su obra descubre los fallos demasiado tarde.

Marthe se había tendido de nuevo junto a la chimenea y atizaba las brasas, poniendo mucho cuidado en no mezclar ningún tizón con las cenizas.

—¿No le gusta el aroma del olivo? Mis suegros me han mandado una gran provisión de su finca del Mediodía.

Parecía que Marthe pedía excusas por ese detalle de su cosecha, en aquella habitación que era toda obra mía. Quizá ese elemento destruía un conjunto que ella no comprendía bien.

Todo lo contrario. Aquel fuego me encantó y también ver que ella esperaba, como yo, a sentirse ardiendo de un lado para volverse del otro. Su rostro, sereno y grave, nunca me había parecido tan hermoso como entonces, con ese resplandor salvaje. Como no se extendía por el resto de la habitación, el resplandor conservaba toda su intensidad. En cuanto uno se alejaba de allí, se hacía de

noche y se tropezaba con los muebles.

Marthe ignoraba lo que significaba ser traviesa. Aun estando jovial, siempre conservaba su seriedad.

Junto a ella, mi ánimo se iba embotando poco a poco, empecé a encontrarla distinta. Y es que ahora que creía estar seguro de que no la quería, es cuando comenzaba a amarla. Me sentía incapaz de cálculos, de maquinaciones, de todo aquello de lo que, hasta entonces, y todavía en aquel momento, yo creía que el amor no puede prescindir. De repente me sentía mejor. Aquel cambio tan brusco hubiera abierto los ojos de cualquier otro: yo no me di cuenta de mi amor por Marthe. Por el contrario, vi en ello la prueba de que mi amor había muerto y que una bonita amistad lo iba a reemplazar. Esa larga perspectiva de amistad me hizo admitir, de repente, lo criminal que hubiera sido cualquier otro sentimiento, pues hubiera herido al hombre que la amaba, que no podía verla y al que ella debía pertenecer.

Sin embargo, otro detalle debería haberme dado la clave de mis verdaderos sentimientos. Meses atrás, cuando conocí a Marthe, mi pretendido amor no me impedía juzgarla, ni encontrar horrible la mayoría de las cosas que le parecían hermosas, ni pueril la mayor parte de lo que decía. Pero aquel día, si acaso no pensaba como ella, yo mismo me quitaba la razón. Tras la rudeza de mis primeros deseos, me engañaba ahora la dulzura de un sentimiento más profundo. No me sentía capaz de emprender nada de lo que antes me había propuesto. Empezaba a respetar a Marthe, porque comenzaba a amarla.

Volví todas las tardes; ni siquiera se me ocurrió pedirle que me enseñara su dormitorio, y todavía menos preguntarle qué le parecían nuestros muebles a Jacques. No deseaba más que aquellos eternos esponsales; los dos cuerpos tendidos junto a la chimenea, rozándose.

No me atrevía a moverme, por temor de que el más leve movimiento bastase para alejar la felicidad.

Marthe, que por su parte sentía el mismo hechizo que yo, creía que era la única en experimentarlo. Leyó indiferencia en mi feliz indolencia. Pensando que no la amaba, se figuró que pronto me cansaría de aquel silencioso salón, a menos que no hiciera algo para atraerme.

Permanecíamos en silencio, lo que yo interpretaba como un síntoma de felicidad.

Me sentía tan cerca de Marthe, con la certeza de que pensábamos al mismo tiempo en las mismas cosas, que hablarle me hubiera parecido tan absurdo como hablar en voz alta cuando se está a solas. Pero aquel silencio la agobiaba a la pobre. Lo más sabio hubiera sido tratar de comunicarme con ella por medios tan toscos como la palabra o el gesto, lamentando que no existieran otros más sutiles.

Al ver que cada día me sumía más en aquel delicioso mutismo, Marthe se figuró que me aburría cada vez más. Estaba dispuesta a todo con tal de distraerme.

Le gustaba dormir junto al fuego, con el pelo suelto. O, mejor dicho, me parecía que dormía. El sueño le servía de pretexto para rodearme el cuello con sus brazos y para, una vez despierta, decirme con los ojos húmedos que acababa de tener un sueño muy triste. Pero nunca quería contármelo. Yo aproveché su falso sueño para aspirar el aroma de sus cabellos, de su cuello, de sus ardientes mejillas, rozándolas apenas para que no se despertase; unas caricias que no son, como se suele decir, pequeñeces del amor, sino que, al contrario, son de lo más valioso, pues tan sólo nacen de la pasión. Yo creía que se me estaban permitidas en virtud de mi amistad. A pesar de todo, empezaba ya a

desesperarme seriamente de que sólo el amor nos otorgase derechos sobre una mujer. Podré prescindir del amor, pensaba, pero nunca de mis derechos sobre ella. Y estaba dispuesto a llegar hasta el amor, lamentándome por ello. Deseaba a Marthe, pero no me daba cuenta.

Cuando Marthe se dormía de ese modo, con su cabeza apoyada en uno de mis brazos, me inclinaba sobre ella para observar su rostro enmarcado por las llamas. Era jugar con fuego. Un día que me acerqué demasiado, aunque sin llegar a rozar mi rostro con el suyo, me sentí como la aguja que rebasa un milímetro la zona prohibida y pertenece así al imán. ¿De quién es la culpa, del imán o de la aguja? Así fue cómo, de repente, sentí mis labios sobre los suyos. Ella seguía con los ojos cerrados, pero como alguien que visiblemente ya no duerme. La besé, estupefacto ante mi audacia, cuando en realidad era ella la que al acercar yo mi rostro lo había atraído hasta su boca. Sus manos se agarraban a mi cuello; ni en un naufragio se hubiera aferrado tanto. Pero no llegaba a entender si quería que la salvase o bien que me ahogara con ella.

Se había sentado y sostenía mi cabeza en sus rodillas, al tiempo que me acariciaba los cabellos y me repetía con dulzura: «Es preciso que te vayas, no debes volver nunca más». No me atrevía a tutearla; cuando ya no podía callar más, buscaba detenidamente las palabras, construyendo mis frases de manera impersonal, pues si bien no podía tutearla, me resultaba aún más imposible el tratarla de usted. Las lágrimas me abrasaban. De haber caído alguna en la mano de Marthe, no me hubiera sorprendido oírle gritar. Me acusaba a mí mismo de haber roto el encanto, diciéndome lo loco que había sido al acercar mis labios a los suyos, olvidando que la que me había besado era ella. «Es preciso que te vayas y no vuelvas más». Al igual que al lobo la trampa en la que ha caído le duele tanto como el haber sido apresado, mis lágrimas de rabia se mezclaban con las del sufrimiento. De hablar, hubiera sido para insultar a Marthe. Mi silencio la inquietó, pues veía en ello resignación. «Puesto que ya es demasiado tarde, no me importa que sufra», tal era el pensamiento que yo le atribuía, en mi injusticia quizás clarividente. A pesar del fuego, yo estaba tiritando, me castañeteaban los dientes. A mi verdadero dolor, que me alejaba de la infancia, se añadían otros sentimientos infantiles. Era como ese espectador que no quiere marcharse porque el desenlace no le gusta. Le dije: «No pienso marcharme. Se ha burlado de mí. No quiero volver a verla».

Porque, si bien era cierto que no quería volver a casa de mis padres, tampoco deseaba volver a ver a Marthe. ¡Hubiera preferido poder echarla de su casa!

Ella sollozaba: «Eres un niño. No comprendes que si te pido que te vayas es porque te quiero».

Le respondí rencorosamente que entendía muy bien que ella tenía sus obligaciones y que su marido estaba en la guerra.

Moviendo la cabeza me dijo: «Antes de conocerte era feliz, creía estar enamorada de mi prometido. Hasta le perdonaba el que no me comprendiera bien. Tú eres el que me has revelado que no le quería. Mi obligación no es la que tú piensas. No es la de no mentir a mi marido, sino la de no mentirte a ti. Vete, y no me consideres perversa; pronto me habrás olvidado. Pero no quiero destrozar tu vida. Si lloro es porque soy demasiado vieja para ti».

Aquella declaración de amor resultaba de una sublime candidez. Por muchas pasiones que experimente en el futuro, nunca podrán igualarse a aquella adorable emoción de ver llorar a una

joven de diecinueve años porque se encontraba demasiado vieja.

El sabor del primer beso me había decepcionado, como una fruta que se prueba por primera vez. No es en la novedad donde encontramos los mayores placeres, sino en la costumbre. Unos minutos después, no sólo me había acostumbrado ya a su boca, sino que ya nunca podría prescindir de ella. ¡Y justo entonces era cuando Marthe hablaba de privarme de ella para siempre!

Aquella noche Marthe me acompañó hasta casa. Para sentirme más próximo a ella me acurrucaba bajo su capa, cogiéndola por la cintura. Marthe ya no decía que debíamos dejar de vernos, sino que estaba triste, pensando que nos íbamos a separar al cabo de unos instantes. Me hacía prometerle mil locuras.

Estando ya ante la casa de mis padres, no quise dejar que Marthe se marchase sola y la acompañé a su casa. Nuestras niñadas podían no haber acabado nunca, pues Marthe se empeñaba en acompañarme de nuevo hasta mi casa. Al final cedí, pero a condición de que me dejase a mitad de camino.

Por primera vez llegué a la cena con media hora de retraso. Le eché la culpa al tren. Mi padre fingió creérselo.

Ya no me preocupaba nada más. Andaba por la calle tan ligero como en los sueños.

Hasta entonces, nada de lo que había anhelado de niño se había cumplido. Y, por otra parte, la gratitud me estropeaba el placer de los juguetes recibidos. ¡Qué valor tendría para un niño el juguete regalado por sí mismo! Estaba ebrio de pasión. Marthe era mía; y no era yo el que lo había dicho, sino ella misma. Ya podía acariciar su rostro, besarle los ojos, los brazos, vestirla, incluso maltratarla. En el colmo del delirio, la mordía allí donde su piel siempre permanece al descubierto, para que su madre sospechara que tenía un amante. Hubiera querido dejar grabadas en ella mis iniciales. Mi salvajismo de niño recuperaba el antiguo significado de los tatuajes. Y Marthe me decía: «Sí, sí, muérdeme, márcame, me gustaría que todos lo supieran...».

Me hubiera gustado poder besarle los pechos. Pero no me atrevía a pedírselo, pensando que sabría ofrecérmelos por sí misma, como había hecho con sus labios. Al cabo de algunos días, habituado ya a su labios, no volví a pensar en ningún otro placer.

LEÍAMOS juntos a la luz de la lumbre. A menudo, Marthe arrojaba al fuego las cartas que su marido le enviaba diariamente desde el frente. Se adivinaba, por su inquietud, que las de Marthe eran cada vez menos cariñosas y más escasas. Yo las veía arder no sin cierto malestar. Como las llamas se avivaban por instantes, temía verlo todo más claro.

Marthe, que ahora se preguntaba a menudo si era verdad que yo había estado enamorado desde nuestro primer encuentro, me reprochaba no habérselo dicho antes de su boda. En ese caso, no se hubiera casado, afirmaba; pues si bien al principio Marthe había sentido por Jacques algo parecido al amor, éste se había ido borrando de su corazón durante un noviazgo demasiado prolongado a causa de la guerra. Cuando se casaron ya no le amaba. Esperaba que los quince días de permiso que Jacques tenía que disfrutar cambiarían sus sentimientos hacia él.

Pero él obró torpemente. Aquel que ama termina irritando al que no ama. Y Jacques la quería cada vez más. Sus cartas eran propias de una persona que sufre, pero siempre colocaba a su Marthe demasiado por encima de todo como para creerla capaz de una traición. Al contrario, tan sólo se acusaba a sí mismo suplicándole que le explicara qué daño le había podido ocasionar: «Me encuentro tan grosero a tu lado, siento que cada una de mis palabras te hiera». Marthe le contestaba diciéndole que estaba equivocado, que no le reprochaba nada.

Nos hallábamos entonces a principios de marzo. La primavera llegaba precoz. Los días en que no me acompañaba a París, Marthe, desnuda bajo el batín, esperaba a que volviera de mi clase de dibujo, tendida ante la chimenea, en la que seguía ardiendo la leña de olivo de sus suegros. Les había pedido una nueva provisión. Ignoro la clase de timidez que me contenía, a no ser la que se experimenta ante lo que nunca se ha hecho. Pensaba en Dafnis. En este caso era Cloe^[20] la que había aprendido algunas lecciones, pero Dafnis no se atrevía a pedirle que se las enseñara. ¿Acaso no consideraba yo a Marthe más bien como una virgen entregada a un desconocido durante los primeros quince días de boda, y repetidamente forzada por él?

Por la noche, solo en mi cama, invocaba a Marthe, reprochándome no ser lo suficientemente hombre, aunque por tal me tenía ya, como para terminar de convertirme en su amante. Al ir cada día a su casa me proponía no salir de allí sin haberlo conseguido.

El día que cumplí dieciséis años, en el mes de marzo de 1918, y rogándome que no me enfadara, Marthe me regaló un batín igual que el suyo, para que me lo pusiera en su casa. Con la euforia, estuve a punto de gastarle una broma, yo, que nunca las hacía. ¡Una bata-pretexto!^[21] Pues me daba la impresión de que lo que hasta ahora había estorbado mis deseos era el miedo al ridículo, viéndome vestido cuando ella no lo estaba. En un primer momento pensé ponerme el batín aquel mismo día. Después me ruboricé, al comprender los reproches que aquel regalo suponía.

DESDE el principio de nuestro amor, Marthe me había dado una llave de su apartamento, para que no tuviese que esperar en el jardín en caso de que ella estuviera en la ciudad. Pero yo podía servirme de aquella llave menos inocentemente. Era sábado. Me despedí de Marthe prometiéndole que volvería para comer juntos, al día siguiente. Pero tenía previsto volver por la noche.

Mientras cenábamos, anuncié a mis padres que pensaba irme al día siguiente de excursión al bosque de Sénart con René. Por tanto, tenía que marcharme a las cinco de la mañana. Como todo el mundo estaría durmiendo, nadie podría averiguar la hora de mi partida, ni tampoco si yo había dormido en casa.

Apenas le hube contado este plan, mi madre se empeñó en prepararme una cesta de provisiones para el camino. Aquello me consternaba; esa cesta destruía todo lo novelesco y sublime de mi acto. Después de haber disfrutado de antemano el terror de Marthe al verme aparecer en su cuarto, imaginaba ahora sus carcajadas al descubrir a su Príncipe Encantado con una cesta de cocina bajo el brazo. Por más que le dije a mi madre que ya René iba provisto de todo, no quiso escucharme. Resistir por más tiempo sólo habría supuesto despertar sospechas.

Lo que causa la desgracia de unos haría la felicidad de otros. Mientras mi madre iba llenando aquella cesta que estropeaba de antemano mi primera noche de amor, veía los ojos llenos de codicia de mis hermanos. Pensé por un momento dársela a escondidas, pero, una vez devorada, y a riesgo de llevarse unos azotes, lo hubieran contado todo por el placer de fastidiarme.

Tenía, pues, que resignarme, ya que ningún escondite me parecía lo bastante seguro.

Me había propuesto no salir antes de medianoche para estar seguro de que mis padres estarían durmiendo. Traté de leer. Pero cuando dieron las diez en el reloj de la alcaldía y puesto que mis padres se habían acostado hacía ya bastante tiempo, no pude esperar más. Su dormitorio estaba en el primer piso, el mío en la planta baja. No me había puesto los zapatos para poder escalar la tapia lo más silenciosamente posible. Llevándolos en una mano y sosteniendo con la otra la cesta, frágil a causa de las botellas, abrí con precaución una pequeña puerta de servicio. Llovía. ¡Mucho mejor!, la lluvia cubriría el ruido. Al ver que aún había luz en el cuarto de mis padres estuve a punto de volverme a la cama. Pero ya me había puesto en camino. La precaución de los zapatos resultaba ya insostenible; me los tuve que volver a poner a causa de la lluvia. A continuación debía escalar la tapia, para que no sonase la campana de la verja. Fui hasta la tapia junto a la que, después de cenar, había colocado una silla del jardín para facilitarme la evasión. La tapia tenía el remate cubierto de tejas, que con la lluvia resultaban resbaladizas. Al colgarme, se cayó una de ellas. Mi angustia multiplicó por cien el ruido de la caída. Ahora sólo tenía que saltar a la calle. Sostenía la cesta con los dientes; caí en un charco. Me quedé allí más de un minuto, de pie, con los ojos clavados en la ventana de mis padres, para ver si se habían dado cuenta de algo y hacían algún movimiento. La ventana permaneció vacía. ¡Estaba salvado!

Para llegar a casa de Marthe fui siguiendo el Marne. Había pensado esconder la cesta en un matorral y recogerla al día siguiente. La guerra convertía esto en una acción peligrosa. Efectivamente, en el único lugar en que había matorrales y, por tanto, donde se podía ocultar la cesta, había un puesto de centinela que vigilaba el puente de J... Dudé durante un largo rato, más pálido que el hombre que coloca unos cartuchos de dinamita. A pesar de todo, escondí las vituallas.

La verja de la casa de Marthe estaba cerrada. Cogí la llave que dejaban siempre en el buzón.

Atravesé de puntillas el jardincito y subí después los peldaños de la escalinata. Volví a quitarme los zapatos antes de subir la escalera.

¡Marthe era tan nerviosa! A lo mejor se desmayaba al verme en su habitación. Me puse a temblar; no encontraba el ojo de la cerradura. Por fin, hice girar la llave lentamente para no despertar a nadie. En el vestíbulo tropecé con el paragüero. Temía confundir los timbres con los conmutadores. Fui a tientas hasta el dormitorio. Me detuve, todavía, con ganas de huir. Marthe podría no perdonármelo nunca. O tal vez iba a enterarme de repente que me engañaba, encontrándola con otro hombre.

Abrí la puerta. Susurré:

—¿Marthe?

Contestó:

—En vez de darme tal susto, podrías haber venido mañana temprano. ¿Conseguiste por fin el permiso ocho días antes?

¡Me había tomado por Jacques!

Si bien podía ver el recibimiento que le habría dispensado, también me enteraba de que Marthe me había ocultado algo. ¡Jacques iba a venir dentro de ocho días!

Encendí la luz. Marthe permaneció de cara a la pared. Bastaba con decir: «Soy yo», y sin embargo no lo dije. La besé en el cuello.

—Tienes la cara mojada. Ve a secarte.

Entonces se volvió y dio un grito.

Su actitud cambió en pocos segundos y, sin molestarse en hallar explicación a mi presencia nocturna, me dijo:

—¡Oh, querido, vas a enfriarte! Desnúdate rápidamente.

Se fue corriendo a avivar el fuego del salón. Cuando volvió al dormitorio, y al ver que no me había movido, dijo:

—¿Quieres que te ayude?

Y yo que, por miedo al ridículo, temía ante todo el momento de desvestirme delante de ella, bendije a la lluvia, gracias a la cual este acto adquiriría ahora un sentido maternal. Marthe salía del cuarto, entraba de nuevo, se volvía a ir hacia la cocina, para ver si el agua de mi ponche estaba ya caliente. Por fin, me encontró desnudo sobre la cama, medio tapado por el edredón. Me regañó: era una locura permanecer desnudo; tendría que darme una friega de agua de colonia.

Después abrió un armario y me lanzó un pijama. «Debía de ser de mi talla». ¡Un pijama de Jacques! Pensé en la posibilidad de que el soldado llegase, puesto que Marthe nos había confundido.

Yo estaba en la cama. Marthe se acostó también. Le pedí que apagara la luz. Hasta en sus brazos desconfiaba de mi timidez. La oscuridad me daría valor. Marthe me respondió dulcemente:

—No. Quiero ver cómo te duermes.

Ante estas palabras llenas de encanto, me sentí un poco molesto. Veía en ellas la conmovedora dulzura de aquella mujer que arriesgaba todo para convertirse en mi amante y que, no pudiendo sospechar mi timidez enfermiza, se contentaba con que durmiera a su lado. Hacía ya cuatro meses que decía que la amaba, pero aún no le había dado esa prueba que los hombres suelen prodigar tanto y que, a menudo, sustituye al amor. Apagué a la fuerza.

Me encontré tan desconcertado como poco antes de entrar en su casa. Pero, al igual que la espera

delante de la puerta, ésta, ante el amor, no podía prolongarse mucho más. Mi imaginación, además, se prometía tales voluptuosidades que ni siquiera alcanzaba a concebirlas. Por primera vez temí parecerme a su marido, dejando a Marthe un mal recuerdo de nuestros primeros momentos de amor.

Ella, pues, disfrutó más que yo. Pero en el instante en que cesó nuestro abrazo, sus maravillosos ojos compensaban todo mi malestar.

Su rostro se había transfigurado. Me extrañó no poder tocar la aureola que rodeaba, como en las pinturas religiosas.

Aliviado ya de mis primeros temores, otros distintos me invadían.

Y es que, comprendiendo por fin la fuerza de los gestos que mi timidez no me había permitido hasta entonces, temía que Marthe pudiera depender de su marido más de lo que ella misma declaraba.

Como siempre me ha sido imposible apreciar lo que pruebo por primera vez, fui conociendo día tras día los placeres del amor.

Mientras tanto, el placer fingido me ocasionaba un auténtico dolor de hombre: los celos.

Sentía un gran resentimiento contra Marthe cuando su rostro agradecido me hacía ver lo mucho que importan los vínculos de la carne. Maldecía al hombre que había despertado su cuerpo antes que yo. Recordé mi tontería al haber considerado a Marthe como una virgen. En cualquier otro momento, desear la muerte de su marido hubiera sido una quimera infantil; pero ahora ese deseo resultaba casi tan criminal como si realmente hubiera matado. Le debía a la guerra mi naciente felicidad; pero todavía aguardaba la apoteosis. Esperaba que favorecería mi odio del mismo modo que un asesino anónimo comete el crimen en nuestro lugar.

Los dos nos echamos a llorar; era a causa de la felicidad. Marthe me reprochaba no haber impedido su matrimonio. «Pero ¿estaría yo ahora, en ese caso, en esta cama elegida por mí? Marthe viviría en casa de sus padres y no podríamos vernos. Bien es verdad que no habría sido nunca poseída por Jacques, pero tampoco yo podría poseerla. Sin él, y al no poder comparar, quizá ella echaría algo de menos esperando algo mejor. No odio a Jacques. Odio la certeza de deberle todo al hombre al que estamos engañando. Pero amo demasiado a Marthe como para encontrar criminal nuestra felicidad».

Lloramos, también, por no ser más que unos niños que disponen de tan poco. ¡Secuestrar a Marthe! Como no pertenece a nadie más que a mí, sería en realidad raptármela a mí mismo, puesto que nos separarían. Pensamos que el final de la guerra será también el de nuestro amor. Los dos lo sabemos, aunque por más que Marthe me jura que lo abandonará todo, que me seguirá, yo no soy de naturaleza propensa a la rebeldía y, poniéndome en su lugar, no me imagino una ruptura tan alocada. Marthe me explica por qué se encontraba demasiado vieja para mí. Dentro de quince años, mi vida no habrá hecho más que comenzar y se enamorarán de mí mujeres que entonces tendrán la edad que ella tiene ahora. «No haré más que sufrir —añade—. Si me abandonas, me moriré. Si permaneces a mi lado será por debilidad, y sufriré viendo cómo sacrificas tu felicidad».

A pesar de mi indignación, me reprochaba a mí mismo no parecer lo bastante convencido de lo contrario. Pero como Marthe no deseaba sino serlo, mis peores razones le parecían buenas. Respondía: «Ah, sí, no había pensado en eso. Veo que no me engañas». Ante los temores de Marthe sentía que mi confianza se debilitaba. Y mis consuelos resultaban, por lo tanto, poco convincentes. Daba la impresión de que no la desengañaba más que por educación. Le repetía: «Que no, que no,

estás loca». Desgraciadamente, yo era demasiado sensible a la juventud para no haber previsto ya que me separaría de Marthe el día en que su juventud se marchitase, y la mía alcanzase su plenitud.

Aunque pensaba que mi amor había ya alcanzado su forma definitiva, tan sólo se trataba de un esbozo. Se debilitaba al menor obstáculo.

Y, así pues, las locuras que aquella noche cometieron nuestros espíritus nos fatigaron más que las de la carne. Las unas parecían aliviarnos de las otras; en realidad, nos desgastaban. Los gallos cantaban, más numerosos que en momentos anteriores. Habían cantado durante toda la noche. Me di cuenta de ese engaño poético: de que los gallos cantan al amanecer. No era nada extraordinario. A mi edad, desconocía el insomnio. Pero Marthe también reparó en ello, tan sorprendida, que no podía ser sino por primera vez. Aunque ella no pudiera entender por qué la abrazaba con tanta fuerza, su sorpresa me ofrecía la prueba de que aún no había pasado una sola noche en blanco con Jacques.

Mis arrebatos hacían que considerase nuestro amor como un amor excepcional. Muchas veces pensamos ser los primeros en sentir ciertas turbaciones, ignorando que el amor es como la poesía y que todos los amantes, incluso los más mediocres, se creen innovadores. Para que Marthe creyera que compartía sus inquietudes, le decía (aunque no lo pensase): «Me abandonarás tú, porque te gustarán otros hombres», pero ella afirmaba estar segura de sí misma. Yo, por mi parte, me iba convenciendo poco a poco de que le permanecería fiel, aun cuando ella hubiera envejecido, ya que mi pereza terminaría por hacer depender de su energía nuestra eterna felicidad.

El sueño nos había sorprendido en nuestra desnudez. Cuando me desperté, al verla destapada, temí que Marthe tuviera frío. Palpé su cuerpo, estaba ardiendo. Verla dormir me producía una voluptuosidad inigualable. Al cabo de diez minutos, esa voluptuosidad se me hizo insoportable. La besé en un hombro. No se despertó. Un segundo beso, menos casto, provocó el violento efecto de un despertador. Primero se sobresaltó y después, mientras se frotaba los ojos, me cubrió de besos, como a una persona amada a la que se encuentra uno en la cama después de haber soñado con su muerte. Marthe, al contrario, había creído soñar lo que era cierto y me encontraba al despertarse.

Eran ya las once. Estábamos tomando el chocolate cuando oímos el timbre. Pensé enseguida en Jacques: «Ojalá vaya armado». A pesar de temer tanto a la muerte, ni siquiera temblaba. Al contrario, habría aceptado que fuese Jacques, a condición de que nos matase. Cualquier otra solución me parecería ridícula.

Pensar en la muerte con tranquilidad sólo tiene valor si lo hacemos en solitario. La muerte en compañía ya no es muerte, ni tan siquiera para los incrédulos. Lo que realmente apena no es dejar la vida, sino abandonar lo que le da sentido. Por eso, cuando el amor fundamenta nuestra vida, ¿qué diferencia hay entre vivir juntos y morir juntos?

Pero no tuve tiempo para crearme un héroe, porque al pensar que quizá Jacques sólo mataría a uno de los dos, medía mi egoísmo. ¿Acaso podía yo saber cuál de aquellos dos dramas sería el peor?

Como Marthe no se movía, creí haberme equivocado, y que habían llamado al piso de los propietarios. Pero el timbre sonó de nuevo.

—¡Cállate, no te muevas! —susurró Marthe—, debe de ser mi madre. Me había olvidado por completo de que pasaría después de misa.

Me sentía feliz de ser testigo de uno de sus sacrificios. Siempre que una amante o un amigo se retrasan algunos minutos a una cita, los imagino muertos. Atribuyendo esa misma sensación de angustia a su madre, saboreaba su temor y, sobre todo, que lo sintiera por mi culpa.

Oímos cómo se cerraba la puerta del jardín tras un breve conciliábulo (evidentemente, la señora Grangier preguntaba en la planta baja si habían visto a su hija aquella mañana). Marthe miró desde detrás de los postigos y me dijo: «Sí, era ella». No pude resistir el placer de ver con mis propios ojos a la señora Grangier marchándose con el misal en la mano, inquieta por la incomprensible ausencia de su hija. Todavía se volvió una vez más hacia los postigos cerrados.

AHORA que ya no me quedaba nada por desear, sentía que me volvía injusto. Me afectaba que Marthe pudiera mentir a su madre sin ningún escrúpulo y mi mala fe le reprochaba esa facilidad para mentir. Sin embargo, el amor, que es el egoísmo por partida doble, sacrifica todo a sí mismo y vive a base de mentiras. Impulsado por el mismo demonio, le volví a reprochar el haberme ocultado la llegada de su marido. Hasta entonces había podido dominar mi despotismo, pues no me sentía con derecho a reinar sobre Marthe. Mi dureza pasaba por periodos de calma. Y entonces me lamentaba: «Pronto me aborrecerás. Soy como tu marido, igual de brutal». «Él no es brutal», me respondía Marthe. Pero yo volvía a la carga: «Entonces es que nos engañas a los dos; dime que le amas, alégrate: dentro de ocho días podrás engañarme con él».

Marthe se mordía los labios, lloraba: «¿Qué he hecho yo para que te hayas vuelto tan perverso? Te lo suplico, no estropees nuestro primer día de felicidad».

—Tienes que quererme bien poco para que éste sea tu primer día de felicidad.

Este tipo de golpes hieren también al que los da. No pensaba nada de lo que decía y, sin embargo, sentía la necesidad de decirlo. Me era imposible explicarle a Marthe que mi amor no hacía sino crecer. Seguramente estaba llegando a su momento crítico y aquellas feroces pullas provenían de un amor que se convierte en pasión. Sufría mucho. Supliqué a Marthe que olvidara mis despropósitos.

LA criada de los propietarios echó unas cartas por debajo de la puerta. Marthe las cogió. Había dos de Jacques. «Haz lo que quieras con ellas», me dijo, en respuesta a mis dudas. Me sentí avergonzado. Le pedí que las leyera para sí misma. Marthe, por uno de esos reflejos que nos empujan a las peores bravatas, rompió uno de los sobres. La carta, difícil de romper, debía ser muy larga. Ese gesto constituyó un nuevo motivo de reproche. No me gustaban aquellos arrebatos, de los que luego no dejaría de arrepentirse. Sin embargo, hice un esfuerzo y, como no quería que rompiera la segunda carta, me abstuve de decirle que, después de aquella escena, su maldad no ofrecía dudas. La leyó a petición mía. Un reflejo había podido hacer que rompiera la primera, pero no que dijera, después de hojear la segunda: «El cielo nos recompensa de no haber roto ésta. Jacques me comunica que han suprimido los permisos en su sector, no podrá venir antes de un mes».

Tan sólo el amor redime de semejantes indelicadezas.

Aquel marido empezaba ya a molestarme mucho más que si hubiera estado presente y hubiera sido preciso tomar precauciones. Sus cartas adquirían de repente la importancia de un espectro. Almorzamos tarde. Hacia las cinco fuimos a dar un paseo por la orilla del río. Marthe se quedó estupefacta cuando, bajo la mirada del centinela, saqué una cesta de entre los matorrales. La historia de la cesta le divirtió mucho. Lo grotesco de la escena había dejado de importarme. Sin darnos cuenta de lo inocente de nuestra postura, íbamos con los cuerpos estrechamente unidos y cogidos de la mano. Aquel primer domingo de sol había hecho salir a los paseantes con sombrero de paja, como hongos tras la lluvia. La gente que conocía a Marthe no se atrevía a saludarla; pero ella, sin darse cuenta de nada, les saludaba sin malicia. Lo debieron interpretar como una fanfarronada. Ella quería saber cómo había logrado escaparme de casa. Se rió mucho, pero después su rostro se entristeció; me dio las gracias apretándome las manos con todas sus fuerzas, por haber corrido tantos riesgos. Volvimos a pasar por su casa para dejar la cesta. A decir verdad, imaginé un final digno de aquella aventura para la cesta; como un envío al ejército. Pero era un final tan chocante que me lo callé.

Marthe quería seguir el curso del Marne hasta La Varenne. Cenaríamos frente a la Isla de Amor^[22]. Le prometí enseñarle el museo del Escudo de Francia, el primer museo que había visitado siendo muy niño, y que me había deslumbrado. Le hablé de él como de algo muy interesante. Pero, cuando nos dimos cuenta de que el museo era una farsa, no quise admitir que me había equivocado tanto. Me lo había creído todo, ¡hasta lo de las tijeras de Fulberto!^[23] Fingí haber gastado a Marthe una broma inocente. Ella no lo entendía, pues yo no solía bromear. Lo cierto es que aquel desengaño me puso melancólico. Me decía a mí mismo: ¡Aunque estoy tan seguro del amor que hoy siento por Marthe, es probable que luego me parezca un engañabobos, como el museo del Escudo de Francia!

Porque a menudo dudaba sobre su amor. A veces me preguntaba si acaso yo no era para ella más que un pasatiempo, un capricho del que podría librarse de la noche a la mañana, en el momento en que el armisticio la devolviera a sus obligaciones. Me repetía, sin embargo, que hay momentos en los que una boca, unos ojos, no pueden mentir. Ciertamente. Pero, cuando están borrachos, hasta los hombres menos generosos se enfadan si no se acepta su reloj o su cartera. En esa situación son tan

sinceros como si su estado fuera normal. Los momentos en que no se puede mentir son precisamente aquellos en los que más se miente, sobre todo a sí mismo. Creer en una mujer «en el momento en que no puede mentir» es como creer en la falsa generosidad de un avaro.

Mi lucidez no era sino una forma de mi ingenuidad, aunque más peligrosa. No por considerarme menos ingenuo dejaba de serlo, puesto que ninguna edad escapa a la ingenuidad. Y la de la vejez no es de las menores. Esa pretendida lucidez me ensombrecía todo, me hacía dudar de Marthe. Quizá dudaba de mí mismo al no encontrarme digno de ella. Aun teniendo mil pruebas más de su amor no me hubiera sentido menos desgraciado.

Conocía demasiado bien el valor de lo que nunca llega a decirse a las personas queridas por miedo a parecer pueril o, como en este caso, por no despertar aquel molesto pudor en Marthe, y por eso sufría de no poder penetrar en sus pensamientos.

Volví a casa a las nueve y media de la noche. Mis padres me preguntaron sobre la excursión. Les describí con entusiasmo el bosque de Sénart y sus helechos que me doblaban la altura. Hablé también de Brunoy, un pueblecito encantador en el que habíamos almorzado. De repente mi madre, burlona, me interrumpió:

—Por cierto, René vino a las cuatro y se quedó muy sorprendido al enterarse de que se hallaba contigo de excursión.

Enrojecí de despecho. Aquella aventura y muchas más me enseñaron que, a pesar de tener una cierta predisposición, no estoy hecho para la mentira. Siempre se me descubre. Mis padres no dijeron nada más. Se conformaron con su modesta victoria.

MI padre, por otra parte, era cómplice inconsciente de mi primer amor. Es más, lo favorecía, encantado de que mi precocidad se manifestase de una manera o de otra. Siempre había temido que cayese en manos de una mala mujer. Estaba contento al saberme querido por una buena chica. No montó en cólera hasta el día en que tuvo pruebas de que Marthe quería el divorcio.

Mi madre, por su parte, no veía nuestra relación con tan buenos ojos. Estaba celosa. Miraba a Marthe con ojos de rival. Marthe le resultaba antipática, sin darse cuenta de que cualquier mujer, por el hecho de poseer mi amor, se lo habría resultado. Además, a ella le preocupaba más que a mi padre lo del «qué dirán». Se sorprendía de que Marthe pudiera haberse comprometido con un muchacho de mi edad. Además se había educado en F... En todas esas pequeñas ciudades de la periferia, siempre que no sean barrios obreros, reinan las mismas pasiones, la misma sed de cotilleo que en provincias. Pero, además, la cercanía de París hace que los chismes, las conjeturas, sean más perspicaces. Allí cada cual ha de mantenerse en su puesto. De este modo vi cómo mis compañeros fueron distanciándose de mí a instancias de sus padres, por el hecho de tener una amante cuyo marido estaba en la guerra. Fueron desapareciendo por orden jerárquico: desde el hijo del notario hasta el de nuestro jardinero. Mi madre se sentía muy afectada por aquella actitud, que a mí me halagaba. Me veía ya perdido por culpa de una loca. Sin duda le reprochaba a mi padre el habérmela presentado desentendiéndose de todo lo demás. Pero como consideraba que el que debía actuar era mi padre, y éste callaba, optó también por guardar silencio.

PASABA ya todas las noches en casa de Marthe. Llegaba a las diez y me marchaba a las cinco o seis de la mañana. Ya no iba saltando tapias. Me limitaba a abrir la puerta con mi llave; pero aquella libertad exigía ciertas precauciones. Para que la campana no diera la alerta, cada noche envolvía el badajo con guata. Por la mañana, al marcharme, se la quitaba.

En casa, nadie sospechaba mis ausencias; no pasaba lo mismo en J... Desde hacía ya algún tiempo, los propietarios y el viejo matrimonio me veían con malos ojos, apenas si respondían a mis saludos.

Por la mañana, a las cinco, para hacer el menor ruido posible, bajaba con los zapatos en la mano. Me los ponía al llegar abajo. Una mañana me crucé en la escalera con el chico de la lechería. Él llevaba sus botellas de leche en la mano; yo, mis zapatos. Me dio los buenos días con una sonrisa terrible. Marthe estaba perdida. Lo iría contando por todo J... Pero lo que más me torturaba era el ridículo. Podía haber comprado el silencio del lechero, pero me abstuve, porque no sabía cómo hacerlo.

Por la tarde no me atreví a contárselo a Marthe. De todos modos, ese episodio no añadiría nada nuevo a su mala fama. Ésta ya existía desde hacía mucho tiempo. El rumor popular me la atribuyó como amante mucho antes de que en realidad lo fuese. Nosotros no nos habíamos dado cuenta de nada. Pero pronto íbamos a verlo claro. Así es como un buen día encontré a Marthe desolada. El propietario acababa de decirle que hacía cuatro días que vigilaba mis salidas al amanecer. En un principio se había negado a creerlo, pero ya no le quedaba ninguna duda. El viejo matrimonio, que tenía su dormitorio bajo el de Marthe, se quejaba del ruido que hacíamos día y noche. Marthe estaba aterrada, quería marcharse. Ni siquiera se trataba de hacer un poco más prudentes nuestros encuentros. Nos sentíamos incapaces: el hábito estaba muy arraigado. Marthe empezó entonces a comprender muchas cosas que antes le habían sorprendido. La única amiga a la que estimaba realmente, una joven sueca, no respondía a sus cartas. Me enteré de que alguien que se escribía con ella le había recomendado dejar de ver a Marthe tras habernos visto un día abrazados en el tren.

Le hice prometer a Marthe que si estallaba un drama, fuera con quien fuera, padres o marido, se mostraría firme. Las amenazas del propietario, algunos rumores, me hacían temer y desear al mismo tiempo una explicación entre Marthe y Jacques.

Marthe me había suplicado que fuera a visitarla a menudo durante el permiso de Jacques, a quien ya le había hablado de mí. Me negué a ello, temiendo desempeñar mal mi papel y ver a Marthe con un hombre solícito a su lado. El permiso era de once días. Pero quizá haciendo alguna trampa hallase Jacques el medio de quedarse dos días más. Hice jurar a Marthe que me escribiría todos los días. Esperé tres días antes de ir a la lista de correos para tener la seguridad de encontrar alguna carta. Ya había cuatro. Pero no las pude retirar: me faltaba uno de los documentos de identidad necesarios. Yo no las tenía todas conmigo porque había falsificado mi partida de nacimiento, dado que el uso de la lista de correos sólo está permitido a partir de los dieciocho años. Insistí una y otra vez ante la ventanilla, con ganas de echarle pimienta en los ojos a la empleada de correos y de apoderarme de esas cartas que ella tenía y que no me daría. Por fin, como me conocían en las oficinas, conseguí, a falta de otra cosa mejor, que las enviaran al día siguiente a casa.

Decididamente, todavía me faltaba mucho para llegar a ser un hombre. Mientras abría la primera carta de Marthe, me preguntaba cómo podría realizar semejante proeza: escribir una carta de amor.

Olvidaba que no hay otro género epistolar más fácil: sólo se necesita amor. Las cartas me parecieron admirables y de las más hermosas que había leído. Sin embargo, Marthe me decía cosas muy corrientes, y el suplicio que era vivir lejos de mí.

Me asombraba de que mis celos no se manifestaran más mordazmente. Empezaba a considerar a Jacques como «el marido». Iba poco a poco olvidándose de su juventud, y le veía como un viejo.

Yo no escribía a Marthe; era demasiado arriesgado. En el fondo estaba más bien contento de no tener que escribirle, pues experimentaba, como ante toda novedad, el vago temor de no ser capaz, y de que mis cartas no le gustasen o le parecieran ingenuas.

Al cabo de dos días, y a causa de mi dejadez, desapareció una carta de Marthe que había olvidado sobre mi mesa de trabajo; al día siguiente reapareció allí mismo. El descubrimiento de esa carta deshacía mis planes: había aprovechado el permiso de Jacques y mis largas horas de estancia en casa para hacer creer a mis padres que me había alejado de Marthe. Pues, si bien al principio había fanfarroneado mucho para que mis padres supieran que tenía una amante, ahora empezaba a desear que las pruebas fueran más escasas. Pero mira por dónde mi padre se enteraría de la causa real de mi sensatez.

Aproveché aquellos ratos de ocio para ir de nuevo a la academia de dibujo; desde hacía mucho tiempo dibujaba mis desnudos con Marthe como modelo. Ignoro si mi padre lo había adivinado; al menos se mostraba maliciosamente sorprendido, de un modo que me hacía ruborizarme, de la monotonía de los modelos. Así pues, volví a la Grande-Chaumière y trabajé mucho con el fin de reunir una buena provisión de bocetos para el resto del año, provisión que renovarían en el próximo permiso del marido.

Ví de nuevo a René, expulsado del Henri IV. Ahora iba al Louis-le-Grand ^[24]. Iba a buscarle allí todas las tardes al salir de la Grande-Chaumière. Nos veíamos a escondidas, pues desde su expulsión del Henri IV y, sobre todo, después de lo de Marthe, sus padres, que poco antes me consideraban un buen ejemplo, le habían prohibido salir conmigo.

René, para quien en una historia de amor el propio amor resultaba ya de por sí un molesto equipaje, se burlaba de mi pasión por Marthe. Como me resultaba difícil soportar sus guasas, le dije, cobardemente, que lo que sentía no era verdadero amor. Su admiración por mí, que en los últimos tiempos se había debilitado, aumentó inmediatamente.

Empezaba a descuidar mi relación con Marthe. Lo que más me atormentaba era ese ayuno impuesto a mi sensualidad. Mi nerviosismo era el de un pianista sin piano o el de un fumador sin cigarrillos.

René, que tanto se burlaba de mis sentimientos, estaba, sin embargo, enamorado de una mujer a la que creía amar sin amor. Se trataba de un gracioso espécimen, una española rubia, que se contorsionaba tan bien como si acabara de salir del circo. René, que simulaba una gran desenvoltura, estaba muy celoso. Me pidió, tan sonriente como pálido, que le hiciera un extraño favor. Era, para quien conoce el ambiente de un colegio, la típica idea de un colegial. Quería saber si esa mujer estaba dispuesta a engañarle. Se trataba, pues, de hacerle insinuaciones para saberlo.

Aquel favor me resultó molesto. Mi timidez volvía a manifestarse. Pero por nada del mundo quería parecer tímido y, además, la dama pronto me sacó de apuros. Se me insinuó con tanta rapidez, que la timidez, que impide unas cosas y obliga a otras, me dispensó de guardar fidelidad a René y

Marthe. Al menos esperaba que aquello me agradaría. Pero resultó que yo era como el fumador habituado a una sola marca. Tan sólo me quedó el remordimiento de haber engañado a René, a quien juré que su amante rechazaba toda insinuación.

Con respecto a Marthe, no sentía ningún remordimiento, aunque trataba de sentirlo. Por más que me decía que si ella me engañaba yo no la perdonaría nunca, no conseguí nada. «No es lo mismo», me ponía a mí mismo como excusa, con la reconocida simpleza que el egoísmo confiere a sus respuestas. Por la misma razón, me parecía correcto no escribir a Marthe, pero si no me hubiera escrito ella, lo habría interpretado como que no me amaba. A pesar de todo, aquella leve infidelidad reforzó mi amor.

JACQUES no comprendía en absoluto la actitud de su mujer. Marthe, más bien habladora, apenas le dirigía la palabra. Si él le preguntaba: «¿Qué te pasa?», ella le respondía: «Nada».

La señora Grangier hizo diversas escenas al pobre Jacques. Le acusaba de comportarse torpemente con su hija, arrepintiéndose de habérsela confiado. Atribuía el brusco cambio que había experimentado el carácter de su hija a la torpeza de Jacques. Quiso que Marthe volviese a la casa materna. Jacques accedió. Algunos días después de su llegada acompañó a Marthe a casa de su madre, la cual, al favorecer sus menores caprichos, reforzaba, sin saberlo, su amor por mí. Marthe había nacido en aquella casa. Cada cosa, explicaba a Jacques, le recordaba los años felices que había pasado allí. Iba a ocupar de nuevo su cuarto de soltera. Jacques quiso que, al menos, se pusiera una cama para él. Provocó un ataque de nervios. Marthe se negaba a mancillar aquella habitación virginal.

El señor Grangier encontraba absurdos tales pudores.

La señora Grangier aprovechó para decir a su marido y a su yerno que no comprendían la sensibilidad femenina. Se sentía halagada de que el corazón de su hija perteneciera tan poco a Jacques. Pues todo lo que Marthe negaba a su marido, la señora Grangier se lo atribuía, estimando sublimes sus escrúpulos. Eran, efectivamente, sublimes, pero por mí.

Aun en los días en que pretendía estar más enferma, Marthe exigía salir a la calle. Jacques sabía perfectamente que no era por el placer de acompañarle. Al no poder confiar a nadie las cartas que me dirigía, Marthe las echaba personalmente al correo.

Me alegré aún más que antes de mi silencio, pues, de haber podido escribirle, habría intervenido en favor de la víctima, en respuesta al relato de las torturas que ella le infligía. En algunos momentos me espantaba del daño que estaba causando; en otros, me decía que Marthe nunca castigaría a Jacques lo suficiente por el crimen de habérmela arrebatado virgen. Pero como nada nos vuelve menos «sentimentales» que la pasión, en realidad estaba encantado de no poder escribir y de que así Marthe continuase desesperando a Jacques.

Se marchó completamente desanimado.

Todos achacaban esta crisis a la agobiante soledad en que vivía Marthe. Sus padres y su marido eran los únicos que ignoraban nuestras relaciones, ya que los propietarios, por respeto a su uniforme, no se habían atrevido a decir nada a Jacques. La señora Grangier se alegraba ya de haber recobrado a su hija y de que volviera a su antigua vida de soltera. Por eso, los Grangier no salieron de su asombro cuando, al día siguiente de que Jacques se marchara, Marthe les anunció que regresaba a J...

La volví a ver aquel mismo día. Al principio la reñí tiernamente por haber sido tan malvada. Pero cuando leí la primera carta de Jacques, me invadió el pánico. En ella explicaba lo fácil que le resultaría dejarse matar si ya no contaba con el amor de Marthe.

No supe desenmascarar el «chantaje». Me vi responsable de una muerte, olvidando que yo mismo había llegado a desearla. Me volví aún más intransigente e injusto. Hiciéramos lo que hiciéramos se abría una nueva herida. Por más que Marthe se cansaba de repetirme que era menos inhumano dejar de alimentar las esperanzas de Jacques, yo la obligaba a contestarle con dulzura. Fui yo el que dicté a su mujer las únicas cartas cariñosas que Jacques recibió de ella. Marthe las escribía enfadándose, llorando, pero yo la amenazaba con no volver nunca más si no me obedecía. El hecho de que Jacques

me debiera sus únicas alegrías atenuaba mis remordimientos.

Por la esperanza desbordante de sus cartas escritas en contestación a las nuestras, me di cuenta de lo superficial que era su deseo de suicidio.

Me parecía admirable mi actitud respecto al pobre Jacques, cuando en realidad obraba por egoísmo y por el temor de tener un crimen sobre mi conciencia.

UNA etapa de felicidad sucedió al drama. Pero, por desgracia, persistía una sensación de inseguridad, consecuencia de mi edad y de mi naturaleza abúlica. No tenía fuerzas para nada, ni para huir de Marthe, que quizás me olvidaría y volvería a sus obligaciones, ni para empujar a Jacques a la muerte. Nuestra unión dependía, pues, de la paz, del regreso definitivo de las tropas. Si repudiaba a su mujer, ella continuaría conmigo. Si la retenía, me sentía incapaz de recuperarla por la fuerza. Nuestra felicidad era un castillo de arena. Pero como en este caso la marea no subía a horas fijas, deseaba que lo hiciera lo más tarde posible.

Ahora era el mismo Jacques, que estaba encantado, el que defendía a Marthe frente a su madre, disgustada por su regreso a J... Aquel regreso había despertado ciertas sospechas en la señora Grangier, a lo que contribuía su disgusto. También había otra cosa que le parecía sospechosa: Marthe se negaba a tener servicio, con el consiguiente escándalo de la familia, y todavía más, de sus suegros. Pero ¿qué podían padres y suegros frente a Jacques, convertido ahora en nuestro aliado gracias a los razonamientos que yo le hacía a través de Marthe?

Fue entonces cuando J... rompió el fuego contra ella.

Los propietarios presumían de no dirigirle ya la palabra. Nadie la saludaba. Tan sólo los proveedores se veían profesionalmente obligados a disimular su altanería. De esta forma, Marthe, sintiendo de vez en cuando la necesidad de intercambiar algunas palabras, se entretenía en las tiendas. A veces, cuando estaba yo en su casa, salía a comprar leche y pasteles, y, si al cabo de cinco minutos no había vuelto, me iba corriendo hasta la lechería o la pastelería, imaginándomela ya bajo las ruedas de un tranvía. La encontraba allí, charlando con los dependientes. Rabioso por haberme dejado llevar por mi nerviosismo, montaba en cólera una vez fuera de la tienda. La acusaba de tener aficiones vulgares, de encontrar atractiva la conversación de los tenderos. Éstos me detestaban, porque interrumpía sus parrafadas.

El protocolo de la corte es bastante sencillo, como todo lo que es noble. Pero nada resulta tan enigmático como el protocolo de la gente modesta. Su manía por las prelaciones se fundamenta, esencialmente, en la edad. Nada les chocaría más que la reverencia de una vieja duquesa a un joven príncipe. Así pues, se adivina fácilmente el odio del pastelero, de la lechera, al ver cómo un chiquillo interrumpía sus familiares relaciones con Marthe, a la que justificaban sólo por aquellas conversaciones.

Los propietarios tenían un hijo de veintidós años. Vino de permiso. Marthe le invitó a tomar el té.

Por la noche oímos voces: le prohibían volver a ver a la inquilina. Acostumbrado a que mi padre no pusiera veto a ninguno de mis actos, nada me sorprendió más que la obediencia de aquel bobalicón.

Al día siguiente, cuando pasábamos por el jardín, estaba cavando. Sin duda, se trataba de un castigo. Un poco molesto, a pesar de todo, volvió la cabeza para no tener que saludar.

Aquellas escaramuzas afligían a Marthe; aunque era lo bastante inteligente y estaba lo suficientemente enamorada para darse cuenta de que la felicidad no estriba en el aprecio de los vecinos, sin embargo era como esos poetas que saben que la verdadera poesía es algo «maldito», pero que, a pesar de ello, se quejan por no conseguir la aprobación que ellos mismos desprecian^[25].

Los concejales desempeñan siempre un papel en mis aventuras. El señor Marín, un anciano de barba gris y de elevada estatura que vivía debajo de la casa de Marthe, era un antiguo concejal de J... Retirado desde antes de la guerra, le gustaba, cuando la ocasión se le ponía al alcance de la mano, servir a la patria. Vivía con la mujer, limitándose a censurar la política municipal, y sin recibir ni devolver visitas más que en vísperas de Año Nuevo.

Desde hacía varios días había un gran trajín en el piso de abajo, tanto más perceptible cuanto que podíamos oír desde nuestra habitación el menor ruido de la planta baja. Vinieron enceradores. La criada bruñía la plata en el jardín y quitaba el cardenillo de las lámparas de cobre, ayudada por la del propietario. Supimos por la lechera que se estaba preparando una reunión en casa de los Marín, bajo un misterioso pretexto. La señora Marín había ido a invitar al alcalde y a pedirle que le concediera ocho litros de leche. ¿Podría autorizar, además, a la lechera a que le hiciese nata fresca?

Llegado el día (un viernes), y una vez concedidos los permisos, una quincena de notables se presentaron a la hora fijada con sus esposas, cada una de ellas fundadora de una maternidad o un dispensario de ayuda a los heridos, de la que era presidenta, y las demás, asociadas. Para darse tono, la dueña de la casa recibía delante de la puerta. Había aprovechado la misteriosa atracción para transformar su reunión en una merienda campestre. Todas esas damas recomendaban el ahorro y se inventaban nuevas recetas. Sus dulces, por ejemplo, eran pasteles sin harina, natillas al liquen, etc. Según iban llegando, cada una de aquellas damas decía a la señora Marín: «¡Oh!, no tienen buena pinta, pero creo que, de todos modos, estarán buenos».

Por su parte, el señor Marín aprovechaba la fiesta para preparar su *rentrée* en la política.

Ahora bien, la sorpresa éramos Marthe y yo. Me enteré gracias a la caritativa indiscreción de uno de mis compañeros de tren, hijo de uno de los notables. Imagínense mi estupor cuando supe que la principal distracción de los Marín consistía en ponerse por la tarde bajo nuestro dormitorio para intuir nuestros juegos.

Indudablemente, debía gustarles aquello y deseaban difundir su diversión. Por supuesto que los Marín, personas respetables, cometían aquella desvergüenza en pro de la moral. Pretendían compartir su indignación con toda la gente bien del pueblo.

Los invitados estaban ya colocados. La señora Marín sabía que yo estaba en casa de Marthe, y había puesto la mesa debajo de su dormitorio. Saltaba de impaciencia. Le hubiera gustado tener una batuta de director para anunciar el espectáculo. Aquella tarde, pues, guardamos silencio, gracias a la indiscreción de aquel muchacho, con cuya traición pretendía burlarse de su familia, al mismo tiempo que solidarizarse con los de su edad. No me había atrevido a decirle a Marthe el motivo de la merienda. Me imaginaba el rostro descompuesto de la señora Marín, con los ojos clavados en las manecillas del reloj, y la impaciencia de sus invitados. Por fin, hacia las siete, los matrimonios se retiraron con las manos vacías, calificando en voz baja a los Marín de impostores, y al pobre señor Marín, que tenía setenta años, de advenedizo. Un aspirante a concejal que promete el oro y el moro y que ni siquiera esperaba a ser elegido para incumplir sus promesas. En cuanto a la señora Marín, las damas vieron en la fiesta un medio ventajoso para abastecerse de postres. El alcalde, en plan de figura, había hecho acto de presencia durante algunos minutos; esos minutos y los ocho litros de leche hicieron murmurar que era uña y carne con la hija de los Marín, maestra de la escuela. El matrimonio de la señorita Marín había sido, en su día, un escándalo, pues se juzgaba indigno de una maestra que

se hubiera casado con un guardia municipal.

Llevé mi malicia hasta el punto de permitirles oír lo que tanto hubiesen deseado hacer oír a los demás. Marthe se extrañó de aquel tardío entusiasmo. Pero como no podía contenerme más, y aun a riesgo de apenarla, le dije cuál había sido el motivo de la reunión. Reímos hasta llorar.

La señora Marín, probablemente indulgente si hubiésemos favorecido sus planes, no nos perdonó aquel desastre. Le produjo un gran odio. Pero, como no disponía de medios y no se atrevía a mandar anónimos, no pudo aplacarlo.

ESTÁBAMOS en el mes de mayo. Ahora veía menos a Marthe en su casa, y sólo me quedaba a dormir en ella cuando podía inventar una mentira que me permitiera quedarme allí toda la mañana. Me la inventaba una o dos veces por semana. Me asombraba que la mentira siempre surtiera efecto. En realidad, mi padre no me creía. Pero hacía la vista gorda con excesiva indulgencia, con tal de que ni mis hermanos ni los criados se enteraran. Me bastaba, pues, con decir que iba a salir a las cinco de la mañana, como el día de mi excursión al bosque de Sénart. Pero mi madre ya no me preparaba la cesta.

Mi padre lo soportaba todo; pero de repente se enfadaba, reprochándome mi pereza. Esas escenas se desencadenaban y se calmaban con rapidez, como las olas.

Nada absorbe tanto como el amor. No es que se sea perezoso, sino que el hecho de estar enamorado implica ya de por sí pereza. El amor advierte de manera confusa que su único sustituto real es el trabajo. Por ello, lo considera como un rival. Y no aguanta a ninguno. Pero el amor es pereza bienhechora, como esa lluvia ligera que contribuye a la fecundidad.

El que la juventud sea necia se debe a la falta de holgazanería. Lo que invalida nuestros sistemas educativos es que van dirigidos a los mediocres, a causa de su gran número. Para una mente que ya está en marcha, la pereza no existe. Nunca he aprendido tanto como durante aquellos largos días, que para un testigo hubiesen resultado vacíos, pero en los que analizaba mi joven corazón como un advenedizo observa sus modales en la mesa.

Cuando no dormía en casa de Marthe, es decir, casi todos los días, dábamos largos paseos a lo largo del Marne después de cenar, hasta las once. Desamarraba la barca de mi padre, Marthe remaba; yo, recostado, apoyaba la cabeza en sus rodillas. La abrazaba. De repente, un golpe de remo me hacía recordar que el paseo no duraría toda la vida.

Al amor le gusta compartir su felicidad. Así, una amante de naturaleza poco ardiente, si nos ve escribiendo una carta, se vuelve cariñosa, nos besa en el cuello, se inventa mil arrumacos. Nunca tenía tantos deseos de besar a Marthe como cuando algún trabajo apartaba su atención de mí; nunca tenía tantas ganas de tocar sus cabellos, de despeinarla, como cuando se estaba peinando. En la barca, me abalanzaba sobre ella, cubriéndola de besos para que soltara los remos y que la barca fuese a la deriva, prisionera de las hierbas, de los nenúfares blancos y amarillos. Marthe lo interpretaba como signos de una pasión incontenible, mientras que lo que me impulsaba era un irrefrenable afán de molestar. Después, amarrábamos la barca detrás de las matas más altas. El temor de ser vistos o de zozobrar contribuía a que nuestros jugueteos me resultasen mil veces más voluptuosos.

Por eso no me quejaba de la hostilidad de los propietarios, que hacía muy difícil mi presencia en casa de Marthe.

Mi supuesta obsesión por poseerla como no lo hubiera podido hacer Jacques, de besar un rincón de su piel después de haberle hecho jurar que jamás otros labios se habían posado allí antes que los míos, no era sino una forma de libertinaje. Pero ¿me daba cuenta de ello? Todo amor tiene su juventud, su madurez, su vejez. ¿Acaso me encontraba en esa última fase en la que ya el amor no me satisfacía sin ciertos rebuscamientos? Pues si bien mi voluptuosidad se apoyaba en la costumbre, se avivaba con aquellas mil pequeñeces, con aquellas leves variaciones infligidas a la costumbre. Del mismo modo, el drogado no alcanza el éxtasis aumentando las dosis, que pronto serían mortales, sino

con el ritmo que él mismo inventa, bien cambiando las horas, bien utilizando estratagemas que desconcierten a su organismo.

Me gustaba tanto aquella orilla izquierda del Marne que solía pasear por la otra, tan diferente, con el fin de poder contemplar la que me gustaba. La orilla derecha es menos tranquila, invadida por hortelanos y campesinos, mientras que la mía lo está por los desocupados. Atábamos la barca a un árbol y nos tendíamos en medio del trigo. El campo se estremecía bajo la brisa de la noche. Nuestro egoísmo olvidaba en su escondrijo los daños causados, sacrificando el trigo por el goce de nuestro amor, de la misma manera que por él sacrificábamos a Jacques.

EL aroma de lo provisional excitaba mis sentidos. Después de haber conocido placeres más brutales, más parecidos a los que se experimentan sin amor con la primera que llega, los demás resultaban insípidos.

Comenzaba a apreciar el sueño casto, libre, el bienestar de sentirme solo en una cama con sábanas limpias. Alegaba razones de prudencia para no pasar ya las noches con Marthe. Ella admiraba mi fuerza de voluntad. Pero ocurre que también me irritaba esa voz angelical de las mujeres que, comediantes por naturaleza, parecen salir cada mañana del más allá.

Me hacía reproches a mí mismo por las críticas, por los ungimientos, y pasaba días enteros preguntándome si quería a Marthe más o menos que antes. Mi amor lo adulteraba todo. Al igual que traducía equivocadamente las frases de Marthe, creyendo darles una significación más profunda, interpretaba sus silencios. Siempre que cometo un error, una especie de sobresalto indescriptible me advierte de ello. Mis alegrías, mis angustias, eran más intensas. Estando acostado a su lado, me entraban de repente ganas de dormir solo en casa de mis padres, lo que me hacía presagiar lo insoportable de una vida en común. Pero, por otra parte, no podía imaginar la vida sin Marthe. Comenzaba a experimentar el tormento del adúltero.

Estaba resentido con Marthe por haber consentido, antes de nuestro amor, amueblar la casa de Jacques a mi gusto. Aquellos muebles que yo no había elegido porque me gustasen sino para molestar a Jacques terminaron haciéndoseme odiosos. Los llegué a aborrecer sin remedio. Sentía no haber dejado que los escogiese sola. Sin duda, al principio no me habrían gustado, pero qué maravilla hubiera sido habituarme a ellos, con el paso del tiempo, por amor a ella. Tenía celos de que el beneficio de ese hábito le correspondiera a Jacques.

Marthe me miraba con grandes ojos asombrados cuando le decía amargamente: «Espero que cuando vivamos juntos no conservemos estos muebles». Respetaba todo lo que yo decía. Creyendo que había olvidado que los muebles se debían a mí, no se atrevía a recordármelo. En su interior se lamentaba de mi mala memoria.

A primeros de junio, Marthe recibió una carta de Jacques en la que, por fin, ya no le hablaba solamente de amor. Estaba enfermo. Lo evacuaban al hospital de Bourges. No me alegraba saber que estaba enfermo, pero el hecho de que tuviese algo que decir me consolaba. Como tenía que pasar por J... al día siguiente o a los dos días, suplicaba a Marthe que fuera a esperar su tren en la estación. Marthe me enseñó la carta. Esperaba órdenes.

El amor le daba un temperamento de esclava. De ese modo, ante tal servidumbre previa, me costaba trabajo ordenar o prohibir. Para mí guardar silencio significaba que consentía. ¿Podía impedirle que viera a su marido durante algunos segundos? Ella también guardó silencio. Así pues, por una especie de convenio tácito, no fui a su casa al día siguiente.

Dos días más tarde, por la mañana, un recadero me trajo a casa una carta que tenía que entregarme personalmente. Era de Marthe. Me esperaba a la orilla del río. Me rogaba que no dejara de ir si todavía la quería.

Fui corriendo hasta el banco en el que Marthe me esperaba. Su saludo, tan distinto al tono de su nota, me dejó helado. Creí que sus sentimientos habían cambiado.

Simplemente, Marthe se había tomado mi silencio de los días anteriores por un silencio hostil. No se había imaginado ni por asomo el menor convenio tácito. Tras los momentos de angustia venían las quejas por verme vivo, ya que tan sólo la muerte hubiera debido impedirme ir a su casa. No pude ocultar mi estupor. Le expliqué mis reservas, mi respeto por sus deberes hacia un Jacques enfermo. Me creyó sólo a medias. Eso me irritaba. Estuve a punto de decirle: «Por una vez que no miento...». Nos echamos a llorar.

Pero estas caóticas partidas de ajedrez resultan interminables, agotadoras, si uno de los dos jugadores no pone orden. En suma, la actitud de Marthe respecto a Jacques no era halagadora. La besé, la mecí en mis brazos. «El silencio —le dije— no nos sienta bien». Prometimos mutuamente no ocultarnos ningún pensamiento secreto, mientras yo la compadecía un poco por creer que eso era posible.

En J..., Jacques había buscado con la mirada a Marthe y, después, cuando el tren pasó delante de su casa, había visto los postigos abiertos. En su carta le suplicaba que le tranquilizara. Y le pedía que fuera a Bourges. «Tienes que ir», le dije, de forma que esa sencilla frase no pareciera un reproche.

—Iré —dijo Marthe—, si me acompañas.

Eso significaba llevar la inconsciencia demasiado lejos. Pero el amor que se reflejaba en sus palabras, en sus más chocantes actitudes, me llevaba rápidamente de la irritación al agradecimiento. Me enfadé para después calmarme. Le hablé con dulzura, conmovido por su ingenuidad. La trataba como a un niño que pide la luna.

Le hice ver lo inmoral que resultaría que la acompañase yo a Bourges. Al no ser borrascosa como la de un amante ultrajado, mi contestación surtió un mayor efecto. Por primera vez me oía pronunciar la palabra «moral». Aquella palabra fue muy oportuna, porque, aun siendo tan inocente, Marthe debía pasar igual que yo por alguna crisis de duda acerca de la moralidad de nuestra relación. Sin aquella palabra hubiera podido juzgarme amoral, pues a pesar de su rebeldía contra los excelentes prejuicios burgueses, era muy burguesa. Pero, al revés, el hecho de que se lo advirtiera por primera vez, constituía la prueba de que hasta entonces yo consideraba que no habíamos hecho

nada malo.

Marthe deploraba aquella especie de viaje de novios escabroso. Ahora comprendía lo imposible que resultaba.

—Por lo menos —añadió— permítame que no vaya.

La palabra «moral» pronunciada tan a la ligera me convertía en su director espiritual. Me serví de ella como esos déspotas que se embriagan con un poder recién adquirido. El poder no se manifiesta más que cuando se utiliza injustamente. Por lo tanto, le dije que no me parecía ningún crimen que no fuese a Bourges. Y hasta encontré motivos que pudieran persuadirla: la fatiga del viaje, el próximo restablecimiento de Jacques. Esos motivos la justificaban, si no a los ojos de Jacques, sí, al menos, de cara a sus suegros.

A fuerza de conducir a Marthe por donde me convenía, la iba moldeando poco a poco a mi imagen. Me acusaba a mí mismo por ello, y también de estar destruyendo conscientemente nuestra felicidad. Que se me pareciera, y que eso fuese obra mía, me encantaba y me contrariaba a la vez. Veía en ello una de las razones de nuestro entendimiento. Pero también lo interpretaba como la causa de futuros desastres. Efectivamente, poco a poco le había ido contagiando mi indecisión, de tal modo que, llegada la hora de decidir, sería incapaz de hacerlo. La veía, como a mí mismo, con las manos caídas, esperando que el mar perdonase a su castillo de arena, mientras que los demás niños se apresuraban a construirlo más lejos.

Suele ocurrir que este parecido moral atañe también al físico. Mirada, andares: varias veces, aquellos que no nos conocían nos tomaron por hermanos. Y es que existen en nosotros gérmenes de semejanza que el amor desarrolla. Tarde o temprano, un gesto, una inflexión de voz traicionan a los amantes más prudentes.

Hay que admitir que, si el corazón tiene sus razones que la razón desconoce^[26], es porque ésta es menos razonable que nuestro corazón. Indudablemente todos somos como Narciso^[27], que ama y aborrece su propia imagen, pero a quien resultan indiferentes todas las demás. Este instinto de semejanza es el que nos guía por la vida, gritándonos «¡alto!», delante de un paisaje, de una mujer, de un poema. Otros podrán gustarnos, pero no sentiremos la misma impresión. El instinto de semejanza es la única norma de conducta que no resulta artificial. Pero en la sociedad, tan sólo los espíritus vulgares simulan no pecar contra la moral, al ir siempre tras el mismo tipo de mujeres. Así, algunos hombres persiguen obstinadamente a las «rubias», ignorando que a menudo las semejanzas más profundas son las más secretas.

DESDE hacía algunos días, Marthe parecía distraída, pero sin tristeza. Distraída pero triste, hubiera podido explicarme su preocupación por la proximidad del quince de julio, fecha en la que debía reunirse en una playa de la Mancha^[28] con Jacques, convaleciente, y la familia de éste. Además, Marthe permanecía callada y se sobresaltaba hasta con el sonido de mi voz. Soportaba lo insoportable: visitas de familia, insultos, agrias indirectas de su madre y bonachonas de su padre, quien le suponía un amante, pero sin llegar a creérselo.

¿Por qué lo soportaba todo? ¿Era acaso el resultado de mis lecciones, en las que le había reprochado el conceder demasiada importancia a las cosas y sentirse afectada por las más insignificantes? Parecía feliz, pero con una extraña felicidad de la que se mostraba molesta y que me resultaba desagradable puesto que no la compartía. Yo, que encontraba infantil el hecho de que Marthe interpretase mi mutismo como una prueba de indiferencia, la acusaba ahora de no amarme ya, porque no hablaba.

Marthe no se atrevía a decirme que estaba embarazada.

ME hubiese gustado demostrar alegría ante aquella noticia. Pero, en un principio, me dejó estupefacto. No habiendo imaginado jamás que pudiera llegar a ser responsable de nada, ahora lo era de lo peor. Me enojaba también el no ser lo bastante hombre como para encontrarlo normal. Marthe no habló más que porque se veía forzada a ello. Temía que ese instante que debía unirnos nos separase. Pero simulé tan bien la alegría que sus temores se disiparon. Como guardaba aún profundas huellas de la moral burguesa, este niño significaba para ella que Dios recompensaba nuestro amor, que no castigaba ningún crimen.

Ahora que Marthe encontraba en su embarazo una razón para que no la abandonase jamás, el embarazo me consternó. Me parecía imposible, injusto, que a nuestra edad tuviésemos un niño, que estropearía nuestra juventud. Por primera vez en mi vida me preocupaba por cuestiones de índole material: seríamos abandonados por nuestras familias.

Aunque ya quería a ese niño, lo rechazaba por amor. No quería ser responsable de su dramática existencia. Yo mismo hubiera sido incapaz de vivirla.

El instinto es nuestro guía; un guía que nos conduce a la perdición. Ayer, Marthe temía que su embarazo pudiera alejarnos. Hoy, que me quería más que nunca, creía que mi amor había aumentado tanto como el suyo. Yo, por mi parte, tras haber repudiado ayer al niño, hoy empezaba a quererle, lo que menguaba mi amor por Marthe, de la misma forma que en los comienzos de nuestra relación mi corazón le daba lo que quitaba a los demás.

Al acercar ahora mi boca al vientre de Marthe no era a ella a quien besaba, sino a mi hijo. ¡Qué curioso! Desgraciadamente, Marthe ya no era mi amante, sino una madre.

Ya no me comportaba como si estuviéramos solos. Había siempre un testigo cerca de nosotros, al que debíamos dar cuenta de nuestros actos. Me costaba tolerar aquel cambio tan brusco, del que hacía a Marthe única responsable, y sin embargo, sabía que, de haberme mentido, aún me hubiera resultado más difícil perdonarle. Por momentos llegaba a creer que Marthe mentía con el fin de hacer durar un poco más nuestro amor, pero que, en realidad, su hijo no era mío.

Como un enfermo que busca reposo, no sabía de qué lado volverme. Me daba cuenta de que no amaba ya a la misma Marthe de antes y de que mi hijo sólo sería feliz creyéndose hijo de Jacques. Desde luego, ese subterfugio me horrorizaba. Tendría que renunciar a Marthe. Por otra parte, y por más que me creyese ya un hombre, la situación era demasiado seria como para, llevado por el orgullo, juzgar posible una existencia tan disparatada (pensaba yo que tan sensata).

PORQUE, al fin y al cabo, Jacques regresaría. Después de ese periodo extraordinario, volvería a encontrar, como tantos otros soldados engañados a causa de las excepcionales circunstancias, una esposa triste, dócil, en la que nada revelaría su mala conducta. Pero aquel niño tan sólo podría explicarse a los ojos del marido si llegaban a tener relaciones durante las vacaciones. Mi cobardía se lo suplicó.

De todas nuestras escenas, aquélla no fue la menos extraña, ni la menos penosa. Me sorprendió encontrar tan poca resistencia. Más tarde encontré la explicación. Marthe no se atrevía a confesarme una victoria de Jacques en su último permiso y, fingiendo obedecerme, contaba con negarse cuando estuviese con él, en Granville^[29], bajo el pretexto de los malestares de su estado. Todo ese tinglado se complicaba con fechas cuya falsa coincidencia no dejaría a nadie duda alguna en el momento del parto. «¡Bah! —me decía yo—, tenemos mucho tiempo por delante. Los padres de Marthe temerán el escándalo, se la llevarán al campo y retrasarán la noticia».

La fecha de la partida de Marthe se acercaba. Esta separación me sería, sin duda, beneficiosa. Serviría de prueba. Confiaba en curarme de Marthe. Si no lo conseguía, si mi amor no estaba aún lo suficientemente maduro como para apartarse por sí mismo, sabía que volvería a encontrar a Marthe tan fiel como siempre.

Se marchó el doce de julio, a las siete de la mañana. La noche anterior me quedé en J... Cuando iba hacia allí, me prometí no pegar ojo en toda la noche. Haría tal provisión de caricias que no necesitaría ya a Marthe durante el resto de mis días.

Un cuarto de hora después de haberme acostado, me dormí.

En general, la presencia de Marthe turbaba mi sueño. Por primera vez, a su lado, dormí tan bien como si hubiera estado solo.

Cuando me desperté estaba ya levantada. No había querido despertarme. Solamente me quedaba media hora antes del tren. Me dio rabia haber desperdiciado por el sueño las últimas horas que teníamos para estar juntos. Ella también lloraba por su marcha. Sin embargo, hubiese preferido emplear los últimos minutos en algo que no fuera tragarnos nuestras lágrimas.

Marthe me dejaba su llave, pidiéndome que fuera allí, que pensase en nosotros, que le escribiera sobre su mesa.

Me había propuesto no acompañarla hasta París. Pero no podía dominar el deseo que tenía de sus labios y, como pretendía cobardemente quererla menos, justificaba aquel deseo por su próxima partida, por esa «última vez» tan falsa, ya que sabía perfectamente que no habría última vez mientras ella no lo quisiera.

En la estación de Montparnasse, donde Marthe tenía que reunirse con sus suegros, la besé sin disimulo. El hecho de que, si sus suegros aparecían de improviso, pudiera producirse un drama decisivo, me impulsaba aún más a ello.

De regreso a F..., y acostumbrado a no vivir allí más que esperando el momento de ir a casa de Marthe, intenté distraerme. Estuve cavando en el jardín, traté de leer, jugué al escondite con mis hermanas; cosas que no había hecho en los últimos cinco años... Al anochecer, para no levantar sospechas, tuve que ir a pasear. Por lo general, el camino hasta el Marne se me hacía corto. Aquella

noche iba arrastrándome, los guijarros me torcían los pies y aceleraban los latidos de mi corazón. Tendido sobre la barca, por vez primera deseé la muerte. Pero, sintiéndome tan incapaz de morir como de vivir, confiaba en un asesino caritativo. Lamentaba que no fuese posible morir de aburrimiento o de melancolía. Poco a poco, mi cabeza se iba vaciando con el mismo ruido de una bañera. Una última succión, más prolongada, y la cabeza estaría vacía. Me dormí.

El frío de una madrugada de julio me despertó. Volví a casa aterido. Todo el mundo estaba despierto. En el vestíbulo mi padre me recibió con dureza. Mi madre se había sentido indispuesta: había mandado a la doncella que me despertase para que fuese a buscar al médico. Mis ausencias eran, pues, ya oficiales.

Soporté la escena, admirando la instintiva delicadeza del juez bondadoso, quien, entre mil acciones censurables, elige la única inocente para permitir que el criminal pueda defenderse. Pero no intenté justificarme, me resultaba demasiado difícil. Dejé que mi padre creyera que volvía de J..., y, cuando me prohibió salir después de cenar, le agradecí en mi interior que siguiera siendo mi cómplice y que me proporcionara una excusa para dejar de deambular por ahí en solitario.

Me pasaba el día esperando al cartero. Era mi única vida. Y por otra parte, era incapaz de realizar el menor esfuerzo para olvidar.

Marthe me había regalado un cortapapeles, exigiendo que tan sólo lo utilizase para abrir sus cartas. Pero ¿acaso podía utilizarlo? Tenía demasiada prisa. Terminaba rompiendo los sobres. Después, avergonzado, me proponía para la próxima vez conservar la carta sin abrir durante un cuarto de hora. Por este procedimiento esperaba llegar a la larga a autodominarme y guardar las cartas cerradas en el bolsillo. Pero siempre dejaba ese plan para el día siguiente.

Un día, impacientado por mi debilidad y en un acceso de rabia, rompí una carta sin haberla leído. Tan pronto como los trozos de papel hubieron alfombrado el jardín, me apresuré a recogerlos, a cuatro patas. La carta contenía una fotografía de Marthe. Yo, que era tan supersticioso y que interpretaba trágicamente los hechos más triviales, había destrozado aquel rostro. Me pareció un aviso del Cielo. No me calmé hasta después de haber pasado cuatro horas recomponiendo la carta y el retrato. Jamás había realizado semejante esfuerzo. El temor de que algo malo le fuera a suceder a Marthe me sostuvo durante aquella absurda tarea que me nublaba los ojos y me trastornaba los nervios.

Un especialista había recomendado a Marthe que tomara baños de mar. Aunque reprochándome mi maldad, se los prohibí, pues no quería que otros ojos que no fueran los míos pudieran ver su cuerpo.

Por lo demás, y puesto que de todas formas Marthe tenía que pasar un mes en Granville, yo me alegraba de la presencia de Jacques. Recordaba su fotografía en blanco y negro que Marthe me había enseñado el día de los muebles. Nada me producía más temor que los muchachos jóvenes en la playa. De antemano, los consideraba más bellos, más fuertes, más elegantes que yo.

Su marido la protegería de ellos.

En algunos momentos de ternura, como el borracho que abraza a todo el mundo, me imaginaba que escribía a Jacques y que le confesaba ser el amante de Marthe, por lo que me permitía

recomendársela. A veces envidiaba a Marthe, adorada por Jacques y por mí. ¿Acaso no debíamos buscar los dos juntos su felicidad? Cuando me entraban aquellas crisis me sentía amante complaciente. Hubiese querido conocer a Jacques, explicarle las cosas, el motivo por el que no debíamos estar celosos el uno del otro. Pero después, repentinamente, el odio modificaba aquel cordial impulso.

EN cada una de las cartas, Marthe me pedía que fuera a su casa. Su insistencia me recordaba la de una tía mía muy devota, que me reprochaba por no ir nunca a la tumba de mi abuela. No poseo instinto de peregrino. Ese tipo de deberes molestos delimitan a la muerte, al amor.

¿Acaso no se puede pensar en un muerto o en la amante ausente en un lugar que no sea un cementerio o una habitación determinada? Ni siquiera intenté explicárselo a Marthe, pero le contaba que seguía yendo a su casa; igual que le decía a mi tía que había ido al cementerio. Sin embargo, hube de ir a casa de Marthe; pero en curiosas circunstancias.

Un día me encontré en el tren con aquella joven sueca a la que sus amistades habían prohibido ver a Marthe. Mi soledad hizo que tomara gusto a las niñerías de aquella muchachita. Le propuse que, sin decírselo a nadie, viniera al día siguiente a merendar a J... Para que no se asustase, le oculté la ausencia de Marthe, e incluso hablé de lo contenta que se pondría al volver a verla. Confieso que no sabía a ciencia cierta lo que iba a hacer. Actuaba como esos niños que, nada más trabar amistad, intentan impresionarse mutuamente. No renunciaba a perderme la sorpresa o la cólera del rostro angelical de Svéa cuando tuviera que contarle la ausencia de Marthe.

Se trataba, sin duda, del placer pueril de causar impresión, porque yo no encontraba nada sorprendente que decirle, mientras que ella gozaba de un exotismo que me sorprendía a cada frase. Nada más delicioso que aquella repentina intimidad entre personas que no se entienden. Llevaba en el cuello una crucecita de oro esmaltada en azul, colgando sobre un vestido bastante feo que reinventé a mi gusto. Una verdadera muñeca viviente. Sentía crecer mi deseo de repetir aquella conversación entre dos en un sitio que no fuera el vagón.

Lo que estropeaba un poco su apariencia monjil era ese aire de alumna de la academia Pigier^[30], a la que tan sólo iba una hora diaria para estudiar, sin gran provecho, francés y mecanografía. Me enseñó sus ejercicios escritos a máquina. Cada letra era una falta, corregida al margen por el profesor. Sacó de un horrible bolso de mano, hecho evidentemente por ella, una pitillera adornada con una corona condal. Me ofreció un cigarrillo. Aunque ella no fumaba, siempre llevaba la pitillera porque sus amigas sí lo hacían. Me habló de las costumbres suecas, que yo fingí conocer: la noche de San Juan, las confituras de arándanos. Después, sacó del bolso una fotografía de su hermana gemela, que le habían mandado desde Suecia el día anterior: montada a caballo, completamente desnuda, tocada con un sombrero de copa de su abuelo. Me puse muy colorado. Su hermana se le parecía tanto que pensé que se quería burlar de mí, enseñándome su propia imagen. Me mordía los labios para calmar las ganas de besar a aquella traviesa ingenua. Debí poner una expresión muy brutal, pues la vi asustada, buscando con su mirada la señal de alarma.

Al día siguiente llegó a casa de Marthe a las cuatro. Le dije que Marthe estaba en París, pero que volvería pronto. Y añadí: «Me ha prohibido que la deje marchar antes de que regrese». Pensaba no revelarle mi estratagema hasta que ya fuera demasiado tarde.

Afortunadamente era golosa. Mi gula alcanzaba formas inéditas. No me apetecía ni la tarta ni el helado de frambuesa, sino que deseaba ser tarta y helado a los que ella aproximara su boca. Me salían muecas involuntarias.

No deseaba a Svéa por vicio, sino por gula. A falta de sus labios me hubiera bastado con sus

mejillas.

Hablaba pronunciando bien cada sílaba para que me pudiera comprender. Excitado por aquella divertida merienda, yo, siempre tan callado, me ponía nervioso por no poder hablar más rápido. Me apeteían los chismorreos, las confidencias infantiles. Arrimaba el oído a su boca. Bebía sus insignificantes palabras.

La había forzado a tomar una copa. Después me dio lástima de ella, como de un pájaro al que se ha emborrachado.

Esperaba que su embriaguez sirviese a mis propósitos, pues poco importaba que me ofreciera sus labios de buena gana o no. Pensé en la inconveniencia de tal escena en casa de Marthe, pero en resumidas cuentas, me dije, no le quito nada a nuestro amor. Deseaba a Svéa como a una fruta, algo de lo que una amante no puede estar celosa.

Tenía su mano entre las mías, que me parecieron torpes. Hubiera querido desnudarla, mecerla. Se tendió sobre el diván. Me puse en pie, me incliné sobre el sitio donde comenzaban sus cabellos, a un vello tan sólo. Su silencio no me indicaba que le gustasen mis besos; pero, incapaz de enfadarse, no encontraba ninguna manera educada de rechazarme en francés. Mordisqueaba sus mejillas, esperando que brotase un jugo azucarado, como el de los melocotones.

Al fin, la besé en la boca. Ella soportaba todas mis caricias, como paciente víctima, cerrando la boca y los ojos. Su único gesto de rechazo consistía en mover débilmente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Aunque no me equivocaba respecto a su significado, mi boca encontraba en ello la ilusión de una respuesta. Permanecía junto a ella, cómo nunca había estado cerca de Marthe. Aquella resistencia que no lo era halagaba mi audacia y mi pereza. Era lo suficientemente ingenuo como para creer que su actitud no variaría y que podría gozar de una fácil violación.

Nunca había desnudado a una mujer; había sido, más bien, desnudado por ellas. Por eso comencé a hacerlo torpemente, quitándole los zapatos y las medias. Besé sus pies y sus piernas. Pero cuando quise desabrocharle la blusa, Svéa se debatió como un diablillo que no quiere acostarse y al que se ha de desvestir a la fuerza. Me molía a patadas. Yo le atrapaba los pies al vuelo, los retenía, los besaba. Finalmente, llegó la saciedad, igual que la glotonería desaparece después de demasiados dulces y golosinas. Tuve que confesarle mi engaño, y que Marthe estaba de viaje. Le hice prometer que si volvía a ver a Marthe no le contaría nuestro encuentro. No le dije que era su amante, pero se lo dejé entender. El atractivo del misterio le hizo responder «hasta mañana» cuando, saciado de ella, le pregunté por cortesía si nos volveríamos a ver algún día.

No volví a casa de Marthe. Y quizá Svéa no fuese a llamar a la casa vacía. Era consciente de lo censurable que resultaba mi conducta para la moral establecida. Pues, sin duda, las circunstancias habían contribuido a que Svéa me pareciera tan apetecible. ¿Acaso la hubiera deseado en un sitio que no fuese el dormitorio de Marthe?

No tenía, sin embargo, ningún remordimiento. Y no renuncié a la pequeña sueca porque pensase en Marthe, sino porque había extraído de ella todo el jugo.

Algunos días después recibí una carta de Marthe. Incluía otra del propietario, en la que decía que su casa no era una casa de citas, y le contaba el uso que yo hacía de la llave del apartamento, al que había llevado a una mujer. «Tengo una prueba de tu traición», escribía Marthe. No me volvería a ver más. Indudablemente sufriría, pero prefería sufrir a ser engañada.

Yo sabía muy bien que sus amenazas eran poco firmes, y que una mentira, y llegado el caso, incluso la verdad, bastaría para hacerlas desaparecer. Pero me molestaba que en una carta de ruptura Marthe no me hablase de suicidio. La acusé de frialdad. Y su carta me pareció indigna de una explicación. Pues yo, en una situación parecida, hubiera creído conveniente amenazar a Marthe con el suicidio, aunque sin pensar en él. Huella indeleble de la edad y del colegio: ciertas mentiras me parecían impuestas por el código pasional.

Una nueva tarea se presentaba en mi aprendizaje del amor: justificarme ante Marthe y acusarla de tener menos confianza en mí que en el propietario. Le expliqué lo hábil que resultaba esa maniobra de la camarilla de los Marín. Svéa, efectivamente, había venido a verla un día que yo estaba escribiendo en su casa, y si le abrí fue porque, habiéndola visto por la ventana y sabiendo que la apartaban de Marthe, no quise dejarle creer que Marthe le guardaba rencor por aquel triste distanciamiento. Sin duda, había venido a escondidas, salvando innumerables dificultades.

Así podría anunciar, además, a Marthe que el corazón de Svéa le permanecía fiel. Y terminaba expresando el consuelo que había supuesto el haber podido hablar de Marthe, en su casa, y con su amiga más íntima.

Aquella alarma me hizo maldecir al amor, que nos obliga a dar cuenta de nuestros actos, cuando me hubiera gustado tanto no tener que rendir cuentas de nada ni a los demás ni siquiera a mí mismo.

El amor, pensaba, debe indudablemente ofrecer grandes ventajas, puesto que todos los hombres le entregan su libertad. Deseaba llegar a ser pronto lo bastante fuerte para prescindir del amor y no tener que sacrificar así ninguno de mis deseos. Ignoraba que, servidumbre por servidumbre, es preferible ser vasallo del corazón que esclavo de los sentidos.

Igual que la abeja liba para enriquecer la colmena, un amante enriquece su amor con todos los deseos que le salen al encuentro. Y también su amante se favorece de ello. No había descubierto todavía esa disciplina que confiere fidelidad a las naturalezas infieles. Si un hombre desea a una chica y remite ese ardor a la mujer que ama, su deseo, más impetuoso por insatisfecho, hará creer a esa mujer que nunca la han amado tan intensamente. Se la engaña, pero, según la gente, la moral está a salvo. El libertinaje comienza con semejantes consideraciones. Que no se condene, pues, demasiado a la ligera a ciertos hombres capaces de engañar a su amante en lo más intenso de su amor; que no se les acuse de frívolos. Les repugnan los subterfugios, por lo que en ningún momento se les ocurre confundir felicidad y placer.

Marthe esperaba mis disculpas. Me rogó que le perdonara sus reproches. Lo hice, sin reparos. Escribió al propietario rogándole irónicamente que permitiese que, en su ausencia, yo dejase entrar a una de sus amigas.

CUANDO Marthe volvió, a finales de agosto, no fue a vivir a J..., sino a casa de sus padres, que habían prolongado su veraneo. Ese nuevo decorado, en el que Marthe había vivido siempre, me resultó un afrodisiaco. El hastío sensual, el secreto deseo de dormir a solas, desaparecieron. No pasé ninguna noche en mi casa. Bullía, lo hacía todo deprisa, como las personas que van a morir jóvenes y viven a marchas forzadas. Quería disfrutar de Marthe antes de que su maternidad la estropease.

Aquel dormitorio de soltera, en donde Marthe había rechazado la presencia de Jacques, era ahora nuestro dormitorio. Me gustaba que, por encima de su estrecha cama, mis ojos se la encontrasen vestida de primera comunión. La obligaba a mirar fijamente otro retrato suyo, de niña, para que nuestro hijo se le pareciese. Deambulaba, encantado, por aquella casa que la había visto nacer y crecer. En el cuarto trastero acariciaba su cuna, que yo quería que se volviera a utilizar, y le hacía sacar sus camisitas, sus braguitas, reliquias de los Grangier.

No echaba de menos el apartamento de J..., cuyos muebles no tenían el encanto del más feo mobiliario familiar y que nada podían enseñarme. Aquí, al contrario, todos esos muebles, contra los que Marthe debió de darse tantos coscorrónes de pequeña, me hablaban de ella. Y además, estábamos solos, sin concejal, sin propietario. Nos tomábamos las mismas libertades que unos salvajes, paseando casi desnudos por el jardín, verdadera isla desierta. Nos tumbábamos sobre el césped, merendábamos bajo un cenador cubierto de aristoloquias, de madreselvas, de uvayemas. Nos disputábamos boca con boca las ciruelas que yo cogía, tibias, casi heridas por tanto sol. Mi padre no había conseguido nunca que me ocupase de nuestro jardín, como mis hermanos, pero ahora cuidaba el de Marthe. Rastrillaba, arrancaba la maleza. Al atardecer de un día caluroso sentía el mismo orgullo viril, tan embriagador, aplacando la sed de la tierra, de las flores suplicantes, que satisfaciendo el amor de una mujer. La bondad siempre me había parecido cosa de necios: ahora comprendía todo su valor. Las flores se abrían gracias a mis cuidados, las gallinas dormían en la sombra después de haberles echado el grano: ¿cuánta bondad? ¡Cuánto egoísmo! Flores muertas o gallinas raquílicas hubiesen llevado tristeza a nuestra isla de amor. Viniendo de mí, el agua y el pienso iban dirigidos más a mí mismo que a las flores y a las gallinas.

Con ese renacimiento del corazón olvidaba o despreciaba mis recientes descubrimientos. Interpretaba el libertinaje provocado por mi contacto con aquella casa familiar como el final del libertinaje. Por eso, aquella última semana de agosto y aquel mes de septiembre constituyeron mi único periodo de auténtica felicidad. No engañaba, no me hería y no hería a Marthe. Ya no veía más obstáculos. Pretendía a los dieciséis años un tipo de vida que se desea en la madurez. Viviríamos en el campo: allí permaneceríamos eternamente jóvenes.

Tendido a su lado en el césped, acariciando su rostro con una brizna de hierba, explicaba a Marthe, lentamente, pausadamente, cómo sería nuestra vida. Desde su regreso, Marthe estaba buscando un apartamento para nosotros dos en París. Sus ojos se humedecieron cuando le hice saber que quería vivir en el campo: «No me hubiera atrevido nunca a proponértelo —me dijo—. Pensaba que te aburrirías a solas conmigo, que necesitabas vivir en la ciudad». «¡Qué mal me conoces!», le respondí. Me habría gustado vivir cerca de Mandres, donde habíamos ido un día a pasear y donde se cultivan rosas. Más tarde, cuando, por casualidad, después de haber cenado en París con Marthe,

cogimos el último tren, pudimos aspirar el aroma de aquellas rosas. En el patio de la estación, los peones descargaban inmensas cajas que perfumaban el ambiente. Durante toda mi infancia había oído hablar de aquel misterioso tren de las rosas, que pasa cuando los niños duermen.

Marthe me decía: «Las rosas sólo tienen una temporada. ¿No temes que después Mandres te parezca feo? ¿No sería más prudente elegir un lugar menos hermoso pero de un encanto más regular?».

Así era yo. Las ganas de disfrutar durante dos meses de las rosas me hacían olvidar los diez meses restantes, y el hecho de haber escogido Mandres me proporcionaba una prueba más de la naturaleza efímera de nuestro amor.

A menudo, con el pretexto de una excursión o una fiesta, no cenaba en F..., para quedarme junto a Marthe.

Una tarde la encontré sentada junto a un joven con uniforme de aviador. Era su primo. Marthe, al ver que yo no la tuteaba, se levantó y me besó en el cuello. Su primo sonrió ante mi apuro. «Delante de Paul no hay nada que temer, querido —me dijo—. Se lo he contado todo». Me sentía incómodo, pero también encantado de que Marthe le hubiese confesado a su primo que me amaba. El muchacho, amable y superficial, tan sólo preocupado de que su uniforme no fuera el reglamentario, se mostró encantado de nuestro amor. Lo veía como una formidable broma que le gastábamos a Jacques, al que despreciaba por no ser ni aviador ni asiduo de los bares.

Paul evocaba todos los juegos de infancia de los que aquel jardín había sido teatro. Yo hacía preguntas, ávido de esa conversación que me mostraba a Marthe bajo un aspecto inesperado. Pero, al mismo tiempo, sentía tristeza. Pues tenía mi infancia demasiado reciente como para haber olvidado esos juegos ignorados por los padres, bien porque las personas mayores no guardan ningún recuerdo de esos juegos, bien porque los consideran un mal inevitable. Sentía celos del pasado de Marthe.

Cuando le contamos a Paul, entre risas, el odio del propietario y la fiesta de los Marín, nos ofreció amablemente su apartamento de soltero en París.

Me di cuenta de que Marthe no se atrevía a confesarle que teníamos la intención de vivir juntos. Estaba claro que favorecía nuestro amor como diversión, pero que se pasaría al enemigo si se organizaba un escándalo.

Marthe se levantaba de la mesa para servir. Los criados se habían ido al campo con la señora Grangier, ya que, siempre por prudencia, Marthe aseguraba que le gustaba vivir a lo Robinson Crusoe. Sus padres, que la consideraban una sentimental, la dejaban sola, pensando que, al igual que ocurre con los locos, era mejor no contradecirla.

Permanecimos mucho tiempo sentados a la mesa. Paul subía las mejores botellas. Estábamos alegres, con una alegría que sin duda después lamentaríamos, ya que Paul hacía de confidente de un adulterio cualquiera. Se burlaba de Jacques. Callándome me arriesgaba a que se diera cuenta de su falta de tacto; preferí unirme al juego antes que humillar a aquel primo complaciente.

Cuando miramos la hora, el último tren para París ya había pasado. Marthe le ofreció una cama. Paul aceptó. Miré a Marthe de tal modo que tuvo que añadir: «Por supuesto, querido, tú te quedas». Cuando Paul vino a la puerta de nuestro dormitorio a desearnos las buenas noches y besó a su prima

en la mejilla con la mayor naturalidad, me imaginé que estaba en mi casa como marido de Marthe y que recibía a un primo de mi mujer.

A finales de septiembre me di cuenta de que abandonar aquella casa significaba también abandonar la felicidad. Tan sólo unos meses más de tregua y tendríamos que elegir entre vivir en la mentira o en la verdad, igual de incómodos aquí que allá. Como lo importante era que los padres de Marthe no la abandonaran antes del nacimiento de nuestro hijo, me atreví por fin a preguntarle si había prevenido a la señora Grangier de su embarazo. Me contestó que sí y que también se lo había comunicado a Jacques. Tuve entonces ocasión de comprobar que a veces me mentía; pues en mayo, después del permiso de Jacques, me había jurado que éste no la había tocado.

CADA vez anocheecía más temprano; y el frescor de las noches nos impedía dar largos paseos. Nos resultaba difícil vernos en J... Para que no estallase un escándalo, tuvimos que adoptar precauciones de ladrones, acechar en la calle las salidas de los Marín y del propietario.

La tristeza de aquel mes de octubre, de aquellas tardes tan frescas, aunque no lo bastante frías como para encender la chimenea, nos aconsejaba la cama desde las cinco de la tarde. Como en mi casa acostarse de día significaba estar enfermo, el meterme en la cama a las cinco de la tarde me encantaba. No me imaginaba que otros también lo hiciesen. Estaba solo con Marthe, acostado, detenido en medio de un mundo en movimiento. Casi no me atrevía a mirar la desnudez de Marthe. ¿Soy, pues, un monstruo? Sentía remordimientos de la más noble función del hombre. Me consideraba un vándalo por haber estropeado el encanto de Marthe, al ver la prominencia de su vientre. ¿No decía ella misma al principio de nuestro amor, cuando la mordía: «Márcame»? ¿Acaso no la había marcado de la peor manera?

Ahora Marthe no era tan sólo la persona más querida, lo que no quiere decir la mujer mejor amada, sino que también reemplazaba a todo lo demás. No pensaba ni siquiera en mis amigos; al contrario, los temía, sabiendo que creen hacernos un gran favor desviándonos de nuestro camino. Afortunadamente, suelen considerar a nuestras amantes insoportables e indignas de nosotros. Y ésa es nuestra única garantía. Cuando deja de ser así pueden pasar a convertirse en las suyas.

MI padre empezaba a asustarse. Pero como me había defendido siempre ante mi hermana y mi madre, no quería dar la impresión de que se retractaba, aunque empezaba a compartir su opinión sin demostrárselo. Ante mí, se declaraba dispuesto a todo para separarme de Marthe. Se lo diría a sus padres, a su marido... Al día siguiente me volvía a dejar en paz. Yo intuía esa debilidad y me aprovechaba de ello. Me atrevía a replicarle. Le abrumaba de la misma manera que mi madre y mi tía, quienes le reprochaban que utilizase su autoridad demasiado tarde. ¿No había querido él mismo que conociese a Marthe? A su vez, se acusaba a sí mismo. En la casa reinaba una atmósfera de tragedia. ¡Qué ejemplo para mis dos hermanos! Mi padre preveía ya que no podría responderles nada el día en que justificasen su indisciplina apoyándose en la mía.

Hasta entonces lo había considerado como un amor pasajero, pero, por segunda vez, mi madre sorprendió nuestra correspondencia. Le presentó triunfalmente esos documentos del sumario. ¡Marthe hablaba de nuestro futuro y de nuestro hijo!

Mi madre me consideraba demasiado niño aún para hacerme responsable de un nieto o una nieta. Le parecía imposible ser abuela a su edad. En el fondo, ésta era para ella la mejor prueba de que aquel niño no era mío.

La honestidad puede alcanzar los más intensos sentimientos. En su profundo decoro, mi madre no podía admitir que una mujer engañase a su marido. Esa acción le parecía de una tal desvergüenza que no podía vincularla al amor. Que yo fuese el amante de Marthe significaba para mi madre que ella tenía otros. Mi padre sabía lo falso que puede ser tal razonamiento, pero lo utilizaba para turbar mi ánimo y rebajar a Marthe. Me dio a entender que yo era el único que no lo «sabía». Repliqué que se la calumniaba tanto a causa del amor que sentía por mí. Mi padre, que no quería que yo me aprovechara de aquellos rumores, me garantizó que eran anteriores a nuestra relación e, incluso, a su boda.

Después de haber conservado en casa una apariencia digna, mi padre perdió toda su moderación y, cuando hacía varios días que no había vuelto a casa por la noche, enviaba a la doncella a casa de Marthe con un recado a mi nombre, ordenándome que regresara urgentemente; si no, comunicaría mi fuga a la comisaría y haría perseguir a la señora L. por corrupción de menores.

Marthe salvaba las apariencias, adoptaba un aire sorprendido, le decía a la doncella que me entregaría el sobre en mi primera visita. Al cabo de un rato regresaba a casa, maldiciendo mi edad, una edad que me impedía ser dueño de mí mismo. Ni mi padre ni mi madre abrían la boca. Rebusqué en el código sin encontrar los artículos referentes a los menores. Con una considerable inconsciencia, no creía que mi conducta pudiera llevarme a un reformatorio. Al fin, después de haber agotado en vano el código, volví a coger el gran Larousse, en el que leí diez veces el epígrafe: «menor», sin descubrir nada que nos concerniera.

Al día siguiente, mi padre volvía a dejarme en paz.

Para aquellos que busquen los móviles de su extraña conducta, los resumo en tres líneas: me dejaba actuar a mi modo. Después se arrepentía de ello. Y me amenazaba, furioso, más que contra mí, contra sí mismo. Pero, a continuación, la vergüenza de haber montado en cólera le hacía aflojar las riendas.

Por su parte, la señora Grangier había sido puesta sobre aviso a su regreso del campo por las insidiosas preguntas de los vecinos. Aparentando creer que yo era un hermano de Jacques, la informaban sobre nuestra vida en común. Como, por otra parte, Marthe no podía evitar el pronunciar mi nombre cada dos por tres, contando algo que yo había hecho o dicho, su madre no dudó durante mucho tiempo sobre la personalidad del hermano de Jacques.

Pero todavía la disculpaba, segura de que el niño, que creía de Jacques, pondría fin a la aventura. No le contó nada al señor Grangier, por temor a un escándalo. Pero atribuía esa discreción a una magnanimidad que importaba que Marthe advirtiera para que le estuviera agradecida. Con el fin de demostrar a su hija que ya lo sabía todo la hostigaba sin cesar, hablando con sobrentendidos, pero tan torpemente que, una vez a solas con su mujer, el señor Grangier le rogaba que tuviera consideración con la pobre chica, tan inocente, a quien aquellas continuas sospechas terminarían volviendo loca. A lo que la señora Grangier respondía casi siempre con una simple sonrisa, para darle a entender que su hija había confesado.

Esta actitud y su actitud precedente, en los días de la primera estancia de Jacques, me incitan a creer que la señora Grangier, aunque hubiera censurado completamente a su hija, le habría dado la razón ante su marido y su yerno, sólo por la satisfacción de llevarles la contraria. En el fondo, la señora Grangier admiraba a Marthe por engañar a su marido, pues era algo que ella nunca se había atrevido a hacer, bien por escrúpulos, bien por falta de ocasión. Su hija la vengaba de haber sido, según ella, incomprendida. Neciamente idealista, se limitaba a reprocharle que diera su amor a un muchacho tan joven como yo, menos apto que cualquier otro para comprender la «delicadeza femenina».

Los Lacombe, a los que Marthe visitaba cada vez menos, no podían sospechar nada viviendo en París. Sólo que Marthe, que cada día les parecía más rara, les desagradaba cada vez más. Se preocupaban por el porvenir. Se preguntaban qué sería de aquel hogar dentro de unos años. Todas las madres, por principio, no desean nada para sus hijos tanto como el matrimonio, pero siempre desaprueban a la mujer que ellos eligen. La madre de Jacques le compadecía, pues, por tener aquella mujer. En cuanto a la señorita Lacombe, la razón principal de sus murmuraciones provenía de que sólo Marthe poseía el secreto de un idilio que había ido bastante lejos, el mismo verano en que conoció a Jacques en la costa. La hermana predecía el más sombrío futuro al matrimonio afirmando que Marthe engañaría a Jacques, si acaso no lo había hecho ya.

El ensañamiento de su esposa y de su hija obligaba a veces a levantarse de la mesa al señor Lacombe, un buen hombre, que quería a Marthe. Entonces, madre e hija cruzaban miradas significativas. La de la señora Lacombe quería decir: «Ya ves, hija mía, cómo ese tipo de mujeres sabe hechizar a nuestros hombres». La de la hija: «Claro, no encuentro marido porque no soy una Marthe». En realidad, la desgraciada, con el pretexto de que «en nuevos tiempos, nuevas costumbres» y de que el matrimonio ya no se concertaba a la antigua, hacía huir a los maridos al no mostrarse lo suficientemente rebelde. Sus esperanzas de matrimonio duraban lo que dura una temporada de balneario. Los jóvenes prometían ir a pedir la mano de la señorita Lacombe en cuanto regresaran de París. Pero no volvían a dar señales de vida. El principal reproche de la señorita Lacombe, que se iba a quedar para vestir santos, quizá fuera que Marthe hubiera encontrado tan

fácilmente un marido. Pero se consolaba repitiéndose que sólo un memo como su hermano había podido caer en sus redes.

SIN embargo, cualesquiera que fuesen las sospechas de las dos familias, nadie pensaba que el niño de Marthe pudiera no ser de Jacques. Me sentía bastante ofendido. Incluso hubo días que llegué a acusar a Marthe de cobarde por no haber dicho aún la verdad. Propenso a ver por todas partes una debilidad que sólo estaba en mí, imaginaba que, puesto que la señora Grangier pasaba por alto los preliminares del drama, continuaría haciendo la vista gorda hasta el final.

La tormenta se acercaba. Mi padre amenazaba con enviar ciertas cartas a la señora Grangier. Yo deseaba que cumpliera sus amenazas. Pero luego lo reconsideraba. La señora Grangier ocultaría las cartas a su marido. Por otra parte, uno y otro tenían interés en que no estallase una tormenta. Mientras tanto, yo me asfixiaba. Clamaba por esa tormenta. Era a Jacques a quien mi padre debiera mandarlas directamente.

El día en que me dijo muy enfadado que ya lo había hecho, me hubiese arrojado a sus brazos. ¡Por fin! Por fin, me hacía el gran favor de comunicarle a Jacques lo que quería que supiese. Era lamentable que mi padre creyese mi amor tan frágil. Y además, aquellas cartas pondrían fin a aquellas en las que Jacques decía enternecerse con nuestro hijo. En mi delirio no alcanzaba a comprender lo que dicha acción tenía de desequilibrada, de imposible. Tan sólo empecé a verlo todo con claridad cuando, al día siguiente, mi padre, más calmado, creyó tranquilizarme confesándome su mentira. Lo consideraba inhumano. Es cierto. Pero ¿dónde está la frontera entre lo humano y lo inhumano?

Agotaba toda mi resistencia nerviosa en cobardía, en audacia, agobiado por las mil contradicciones de mi edad, embarcado en una aventura de hombre.

EL amor me anestesiaba para todo lo que no fuera Marthe. No pensaba que mi padre pudiera sufrir. Juzgaba todo tan erróneamente, tan mezquinamente, que terminaba creyendo que se había declarado la guerra entre nosotros. De modo que ya no quebrantaba mis deberes filiales solamente por amor a Marthe, sino que a veces, debo confesarlo, por espíritu de represalia.

Ya no prestaba mucha atención a las cartas que mi padre mandaba a casa de Marthe. Era ella la que me pedía que apareciese más a menudo por casa, que me mostrase razonable. Entonces, le espetaba: «¿Tú también te vas a poner en contra mía?». Apretaba los dientes, pateaba. El que me pusiera en semejante estado sólo con pensar que nos íbamos a separar durante unas horas constituía para Marthe la prueba de mi pasión. La certeza de ser amada le proporcionaba una firmeza que no le había visto nunca. Segura de que seguiría pensando en ella, insistía en que volviese a casa.

Pronto comprendí de dónde procedía su valor. Empecé a cambiar de táctica. Fingía atenerme a sus razonamientos. Entonces, súbitamente, ella cambiaba de semblante. Viéndome tan sensato (o tan despreocupado) le invadía el temor de que la quisiera menos. Entonces era ella la que me suplicaba que me quedara, pues tenía tanta necesidad de que la tranquilizase.

Una vez, sin embargo, todo salió mal. Hacía ya tres días que no había puesto los pies en casa de mis padres y le anuncié a Marthe mi intención de pasar otra noche con ella. Lo intentó todo para disuadirme de aquella decisión: caricias, amenazas. Incluso llegó también a fingir. Terminó diciéndome que si no volvía a mi casa se iría a dormir a casa de sus padres.

Le respondí que mi padre no le tendría en cuenta aquella buena acción. ¡Muy bien!, no iría a casa de su madre. Se iría a la orilla del Marne. Cogería frío, moriría; por fin se libraría de mí: «Ten piedad al menos de nuestro hijo —decía—. No comprometas su existencia por capricho». Me acusaba de reírme de su amor, de querer conocer sus límites. Ante tanta insistencia, le repetí las palabras de mi padre: me estaba engañando con todo el mundo; no permitiría que se burlase de mí. «Sólo un motivo —le dije— te impide aceptar. Esta noche recibes a uno de tus amantes». ¿Qué se podía responder a tales despropósitos? Volvió el rostro. Le eché en cara que no se inmutara ante semejante ofensa. Finalmente, insistí tanto que accedió a pasar la noche conmigo. A condición de que no fuera en su casa. No quería por nada del mundo que al día siguiente los propietarios pudieran decir al enviado de mis padres que se encontraba en casa.

Pero ¿dónde dormir?

Éramos igual que unos niños subidos a una silla, orgullosos de ser más altos que los mayores. Las circunstancias hacían que nos superáramos, pero seguíamos siendo incapaces. Y si, por nuestra misma inexperiencia, ciertas cosas complicadas nos parecían sencillísimas, otras, muy sencillas, se convertían en grandes obstáculos. Nunca nos habíamos atrevido a utilizar el apartamento de Paul. No pensé en la posibilidad de explicarle a la portera, después de darle algunas monedas, que iríamos allí de vez en cuando.

Teníamos, pues, que ir a un hotel. Nunca había estado en ninguno. Sólo la perspectiva de franquear la puerta me asustaba.

La niñez siempre busca pretextos. Obligada constantemente a justificarse ante los padres, resultaba inevitable mentir.

Pensaba que tendría que justificarme incluso ante el botones de un hotel miserable. Por ello, con el pretexto de que necesitaríamos ropa interior y algunos objetos de aseo, convencí a Marthe para que hiciera una maleta. Pediríamos dos habitaciones. Nos tomarían por hermanos. No me atrevería nunca a pedir una sola habitación, ya que por mi edad (la edad en que le expulsan a uno de los casinos) me exponía al bochorno de ser rechazado.

El viaje, a las once de la noche, fue interminable. Había dos personas en nuestro vagón: una mujer que acompañaba a su marido, capitán, a la estación del Este^[31]. El vagón no tenía luz ni calefacción. Marthe apoyaba la cabeza en el cristal mojado. Sufría el capricho de un muchacho cruel. Yo, avergonzado, sufría pensando que Jacques, siempre tan cariñoso con ella, merecía su amor mucho más que yo.

No pude evitar el excusarme en voz baja. Moviendo la cabeza, Marthe murmuró: «Prefiero ser desgraciada contigo que feliz con él». Ésas son palabras de amor que no quieren decir nada y que da vergüenza repetir, pero que producen embriaguez al oírlas en boca de la persona amada. Creí incluso haber comprendido la frase de Marthe. Pero ¿qué significaba exactamente? ¿Acaso se puede ser feliz con alguien al que no se ama?

Yo me preguntaba, y me pregunto todavía, si el amor da derecho a arrancar a una mujer de un destino quizá mediocre, pero lleno de tranquilidad. «Prefiero ser desgraciada contigo...»; ¿acaso esas palabras contenían un reproche inconsciente? Indudablemente, por el hecho de amarme, Marthe había pasado conmigo momentos que nunca pudiera imaginar junto a Jacques, pero ¿acaso esos momentos de felicidad me daban derecho a ser cruel?

Nos bajamos en la Bastilla. El frío, que aguanto bien porque me parece la cosa más limpia del mundo, era en aquel vestíbulo de la estación más sucio que el calor en un puerto de mar, pero sin su alegría compensadora. Marthe se quejaba de calambres. Se agarraba a mi brazo. ¡Qué lamentable pareja, olvidando su belleza, su juventud, avergonzada de sí misma como un par de mendigos!

Como el embarazo de Marthe me parecía vergonzoso, caminaba con la cabeza baja. Distaba mucho de sentir orgullo paterno.

Estuvimos vagando entre la Bastilla y la estación de Lyon, bajo una lluvia gélida. Ante cada hotel inventaba, para no entrar, alguna torpe excusa. A Marthe le decía que buscaba un hotel decoroso, un hotel de viajeros y nada más que de viajeros.

Al llegar a la estación de Lyon, ya resultó difícil seguir escurriendo el bulto. Marthe me instó a interrumpir aquel martirio.

Mientras ella esperaba fuera, entré en un vestíbulo, confiando no sé muy bien en qué. El botones del hotel me preguntó si deseaba una habitación. Era fácil responder que sí, demasiado fácil y, por eso, buscando una excusa como un ratero de hotel cogido in fraganti, le pregunté por la señora Lacombe. Se lo pregunté sonrojándome, temiendo que me respondiera: «¿Se está usted burlando de mí, joven? Está ahí fuera». Pero consultó el libro de registro. Debía equivocarme de dirección. Salí y le expliqué a Marthe que no había sitio y que no encontraríamos en todo el barrio. Respiré. Me apresuré como un ladrón que huye.

Desde hacía un rato, mi obsesión por huir de aquellos hoteles a los que llevaba a Marthe a la

fuerza me impedía pensar en ella. Ahora, me detuve a observarla, a la pobre.

Hube de contener las lágrimas, y cuando me preguntó dónde iríamos a buscar una cama, le supliqué que perdonase a un enfermo y que volviese por prudencia a J..., y yo volvería a mi casa. ¡Enfermo! ¡Por prudencia!, al escuchar esas palabras improcedentes, Marthe esbozó una sonrisa instintiva.

La vergüenza que yo sentía dramatizó el regreso. Cuando tras aquellas crueldades, Marthe cometía la torpeza de decirme: «¡Qué malo has sido conmigo!», me enfadaba y la consideraba una egoísta. Si, por el contrario, se callaba como si lo hubiera olvidado todo, me entraba el temor de que estuviera obrando así por considerarme un enfermo, un demente. Entonces no paraba hasta haber conseguido que dijera que no olvidaba nada, pero que, aunque me perdonaba, no debía, sin embargo, aprovecharme de su bondad; que algún día, cansada de mis malos tratos, su cansancio prevalecería sobre nuestro amor y me abandonaría. Cuando la obligaba a hablarme con aquella energía sentía, aunque no creyese en sus amenazas, un dolor delicioso, comparable, en un grado aún mayor, al sobresalto que me produce la montaña rusa. Entonces, me abalanzaba sobre Marthe y la besaba más apasionadamente que nunca.

—Repíteme que me abandonarás —le decía anhelante, estrechándola entre mis brazos, hasta casi romperla. Para complacerme, Marthe repetía mis palabras aun sin entenderlas, con la sumisión, no del esclavo, sino del médium.

AQUELLA noche de los hoteles fue decisiva, aunque no me diera cuenta de ello hasta después de muchas otras extravagancias. Pero mientras yo creía que se puede pasar toda la vida dando tumbos de ese modo, Marthe, por su parte, en un rincón del vagón, agotada, abrumada, temblorosa, lo «comprendió todo». Quizá incluso llegó a comprender que al final de aquella carrera de un año de duración, en un coche tan alocadamente conducido, no podía haber más salida que la muerte.

AL día siguiente encontré a Marthe en la cama, como de costumbre. Quise meterme yo también; pero me rechazó tiernamente. «No me encuentro bien —dijo—, vete, no te quedes a mi lado. Te contagiaría mi catarro». Tosía, tenía fiebre. Marthe, sonriendo para no dar la impresión de que me reprochaba nada, me dijo que debía haber cogido frío el día anterior. A pesar de su preocupación, no consintió que fuera a buscar al médico. «No es nada —me decía—, tan sólo necesito permanecer bien abrigada». En realidad no quería, mandándome a casa del doctor, comprometerse a los ojos de aquel viejo amigo de su familia. Yo necesitaba tanto ser tranquilizado que la negativa de Marthe disipó mis inquietudes. Se reavivaron, y con más fuerza que antes, cuando, al irme a cenar a casa de mis padres, Marthe me pidió que diera una vuelta para dejar una carta en casa del doctor.

Al día siguiente, cuando llegaba al piso de Marthe, me crucé con él en la escalera. No me atreví a preguntarle y le miré con ansiedad. Su semblante tranquilo me serenó: no era más que una actitud profesional.

Entré en casa de Marthe. ¿Dónde estaba? El dormitorio estaba vacío. Marthe estaba llorando, con la cabeza oculta bajo las sábanas. El médico la condenaba a guardar cama hasta el momento del parto. Además, su estado exigía ciertos cuidados; tenía que ir a vivir a casa de sus padres. Nos separaban.

La desgracia nunca se admite. Tan sólo creemos que nos corresponde felicidad. Al admitir aquella separación sin rechistar, no era valor lo que yo mostraba. Simplemente, no comprendía nada. Escuché, atónito, el fallo del médico, como un condenado su sentencia. Si no palidece, se dirá: «¡Qué valor!»». En absoluto: es más bien falta de imaginación. Sólo oye la sentencia cuando le despiertan para la ejecución. Del mismo modo, yo no comprendí que ya no íbamos a vernos más hasta el momento en que me anunciaron que había llegado el coche enviado por el doctor. Éste había prometido no advertir a nadie, pues Marthe exigía llegar a casa de su madre de improviso.

Mandé parar a cierta distancia de la casa de los Grangier. Cuando el cochero se volvió por tercera vez, bajamos. El hombre creía sorprender nuestro tercer beso, cuando siempre sorprendía el mismo. Me despedí de Marthe sin la más mínima intención de escribirle, casi sin decirle adiós, como de una persona a la que se va a ver una hora más tarde. Algunas vecinas curiosas se habían asomado ya a las ventanas.

Mi madre observó que tenía los ojos rojos. Mis hermanos se reían porque se me cayó la cuchara en la sopa dos veces seguidas. El suelo oscilaba. No estaba preparado para el sufrimiento. Creo, en efecto, que no podría comparar mejor aquellos vértigos del corazón y del alma que con el mareo. La vida sin Marthe era una larga travesía. ¿Llegaría hasta el final? Me preocupaba muy poco el futuro, del mismo modo que, cuando se sienten los primeros síntomas de mareo, poco importa llegar a puerto y se preferiría morir allí mismo. Al cabo de algunos días, el malestar, menos tenaz, me dejó tiempo para pensar en la tierra firme.

Los padres de Marthe tenían ya poca cosa que adivinar. No se contentaban con sustraer mis cartas, sino que las quemaban delante de ella, en la chimenea de su habitación. Las suyas estaban escritas a lápiz, casi ilegibles. Su hermano las echaba al correo.

Ya no tenía que aguantar escenas familiares. Reanudé las agradables conversaciones con mi

padre por la noche ante la chimenea. En un año me había convertido en un extraño para mis hermanas. Volvían a acostumbrarse, a familiarizarse conmigo. Colocaba a la más pequeña sobre mis rodillas y, aprovechando la oscuridad, la estrechaba con tanta fuerza que se debatía entre la risa y el llanto. Pensaba en mi hijo, pero estaba triste. Me parecía imposible sentir por él un cariño tan fuerte. ¿Había adquirido la suficiente madurez para que un bebé fuese algo más que un hermano o una hermana?

Mi padre me aconsejaba que me distrajera. Son consejos que dicta la serenidad. Pero ¿qué podía hacer, salvo aquello que ya no volvería a hacer más? Me sobresaltaba el ruido de un timbre, el paso de un vehículo. Acechaba desde mi prisión las menores señales de liberación.

A fuerza de estar acechando ruidos que pudiesen anunciar algo, un día mis oídos oyeron unas campanadas. Eran las del armisticio^[32].

Para mí el armisticio significaba el regreso de Jacques. Ya lo veía en la cabecera de Marthe, sin que me fuera posible hacer nada. Estaba perdido.

Mi padre regresó a París. Quería que fuese con él: «No se puede faltar a una fiesta semejante». No me atreví a negarme. Temía parecer un monstruo. Además, al fin y al cabo, hallándome en el colmo de la desdicha, no me disgustaba la idea de ir a contemplar la alegría de los demás.

¿Me atreveré a reconocer que no me produjo una gran envidia? Me sentía el único capaz de experimentar los sentimientos que se permiten a la multitud. Yo esperaba encontrar un sentimiento patriótico, pero, en mi injusticia, sólo veía el júbilo de una fiesta inesperada: unos cafés abiertos hasta muy tarde, unos soldados con derecho a besar a las modistillas. Este espectáculo que pensaba que me iba a entristecer, o que me produciría envidia, o incluso que llegaría a distraerme por contagio de un sentimiento sublime, me aburrió como la fiesta de Santa Catalina^[33].

HACÍA ya algunos días que no recibía carta alguna. Una de las pocas tardes en las que nevó, mis hermanos me entregaron un recado del niño de los Grangier. Era una gélida carta de la señora Grangier. Me rogaba que acudiera lo más rápidamente posible. ¿Qué podía querer de mí? La oportunidad de estar en contacto, aunque indirecto, con Marthe, sofocó mis recelos. Me imaginaba a la señora Grangier prohibiéndome volver a ver a su hija, escribirme con ella, y a mí escuchándola con la cabeza gacha, como un mal alumno. Incapaz de rebelarme, de enfadarme, ningún gesto exteriorizaría mi rencor. Saludaría cortésmente y la puerta se cerraría para siempre. Sólo entonces encontraría las respuestas, los argumentos malintencionados, las palabras hirientes que hubiesen podido dar a la señora Grangier una imagen del amante de su hija menos lamentable que la de un colegial descubierto en una fechoría. Preveía la escena segundo a segundo.

Cuando entré en el saloncito tuve la impresión de revivir mi primera visita. Ahora, esta visita significaba que seguramente no volvería a ver nunca más a Marthe.

La señora Grangier entró. Le compadecí por su baja estatura, pues se esforzaba en mostrarse altiva. Se disculpó por haberme molestado por nada. Vino a decir que me había enviado el recado para obtener una información demasiado complicada como para pedirla por escrito, pero que ya la había obtenido. Aquel absurdo misterio me atormentó más que cualquier otra catástrofe.

Cerca del Marne encontré al niño de los Grangier, apoyado en una verja. Le habían tirado una bola de nieve en pleno rostro. Lloriqueaba. Lo engatusé y le pregunté por Marthe. Me dijo que su hermana pronunciaba mi nombre. Su madre no quería saber nada, pero el padre había dicho: «Marthe está cada vez peor, quiero que se la complazca».

Comprendí rápidamente la conducta tan burguesa, tan extraña de la señora Grangier. Me había hecho llamar por respeto hacia su esposo y hacia la voluntad de una moribunda. Pero una vez pasada la alarma y Marthe fuera de peligro, volvía a restablecerse la consigna. Hubiera debido alegrarme. Lamenté que la crisis no hubiera durado lo suficiente para dejarme ver a la enferma.

Dos días después me escribió Marthe. No hacía ninguna alusión a mi visita. Sin duda se la habían ocultado. Marthe hablaba de nuestro porvenir en un tono especial, sereno, celestial, que me impresionó un poco. Quizá sea verdad que el amor es la forma más violenta del egoísmo, pues, al intentar buscar un motivo para mi emoción, caí en la cuenta de que estaba celoso de nuestro hijo, del que entonces Marthe se preocupaba más que de mí.

Lo esperábamos para marzo. Pero un viernes del mes de enero mis hermanos vinieron, muy jadeantes, a comunicarnos que el niño de los Grangier tenía un sobrino. No comprendí su aire triunfal, ni por qué habían corrido tanto. Ellos, claro está, no sospechaban lo extraordinaria que podía ser para mí aquella noticia. Pero para mis hermanos un tío era una persona mayor. Que el pequeño Grangier fuese tío les parecía prodigioso y habían venido corriendo para hacernos compartir su admiración.

Los objetos que tenemos constantemente a la vista son los que, al cambiarlos de sitio, se reconocen con más dificultad. No relacioné inmediatamente al sobrino del pequeño Grangier con el

hijo de Marthe: mi hijo.

Fui objeto de la misma perturbación que produce un cortocircuito en un lugar público. De repente, todo era oscuridad en mi interior. En medio de esa noche, mis sentimientos se atropellaban; buscaba a ciegas fechas precisas, y también me buscaba a mí mismo. Contaba con los dedos como se lo había visto hacer a veces a Marthe, sin sospechar entonces su traición. Aquel ejercicio no me servía de nada. Ya no sabía contar. ¿Quién era aquel niño que nosotros esperábamos para marzo y nacía en enero? Todas las explicaciones que encontraba para tal anomalía me las proporcionaban mis celos. De repente lo vi todo claro. Aquel niño era de Jacques. ¿Acaso no hacía nueve meses que él había estado de permiso? Desde entonces, Marthe me había mentido. Además, ¿acaso no me había mentido ya acerca de tal permiso? ¿No me había jurado ella en un principio haber rechazado todo contacto con Jacques durante esos malditos quince días, para terminar confesándome, algún tiempo después, que la había poseído varias veces?

Nunca había pensado seriamente que el niño pudiera ser de Jacques. Y aunque al principio del embarazo de Marthe había llegado a desear cobardemente que así fuera, ahora que creía enfrentarme a lo irreparable tenía que reconocer que, ilusionado durante meses por la certeza de mi paternidad, quería a ese niño, a aquel niño que no era mío. ¡Por qué tenía que sentirme padre precisamente en el momento en que me enteraba de que no lo era!

Es comprensible que me hallara en medio de una confusión increíble, como si me hubiera arrojado al mar en plena noche sin saber nadar. Ya no comprendía nada. Algo, sobre todo, que no entendía era la audacia de Marthe al dar mi nombre a ese hijo legítimo. En ciertos momentos veía en ello un desafío lanzado al destino, que no había querido que ese niño fuese mío; en otras ocasiones, sólo quería considerarlo como una falta de tacto, como una de esas indelicadezas que tantas veces había reprochado a Marthe y que no eran otra cosa que su exceso de amor.

Había comenzado una carta insultante. Creía debérsela por dignidad. Pero las palabras no se me ocurrían, ya que mi pensamiento estaba en otra parte, en zonas más elevadas.

Rompí la carta. Escribí otra en la que dejé hablar a mi corazón. Pedía perdón a Marthe. ¿Perdón de qué? Ese niño era sin duda hijo de Jacques. Le suplicaba que me siguiera queriendo a pesar de todo.

Los jóvenes son animales rebeldes al dolor. Empezaba a considerar mi situación de manera diferente. Casi aceptaba ya a aquel niño del otro. Pero antes de haber terminado mi carta recibí una de Marthe, desbordante de alegría. El niño era nuestro, nacido dos meses antes de tiempo. Había que tenerle en la incubadora. «He estado a punto de morir», escribía. Aquella frase me divirtió como una niñería.

Pues no cabía en mí de gozo. Hubiese querido hacer partícipe al mundo entero de ese nacimiento, decirles a mis hermanos que también ellos eran tíos. Ahora, con la alegría, me despreciaba: ¿cómo había podido dudar de Marthe? Esos remordimientos, unidos a mi felicidad, hacían que la quisiera más que nunca y también a mi hijo. En mi incoherencia bendecía el equívoco. Me alegraba, en suma, de haber conocido el dolor por unos instantes. Al menos, eso creía. Pero nada difiere tanto de las cosas como aquello que se les aproxima. Un hombre que ha estado a punto de morir cree conocer la

muerte. Pero el día en que por fin ésta se presenta, no la reconoce: «No, no es ella», exclama al expirar.

En su carta, Marthe también me decía: «Se parece a ti». Había visto otros recién nacidos, a mis hermanos y a mis hermanas, y sabía que sólo el amor de una mujer puede descubrir los parecidos que ella desea. «Tiene mis ojos», añadía. Únicamente su deseo de vernos reunidos en un solo ser podía hacerle reconocer sus ojos.

Para los Grangier no cabía la menor duda. Renegaban de Marthe, pero se hacían los cómplices, a fin de que el escándalo no repercutiera sobre la familia. El médico, otro cómplice del orden, tras ocultarle que el nacimiento había sido prematuro, se encargaría de contar cualquier cuento al marido que justificase la necesidad de la incubadora.

En los días siguientes el silencio de Marthe me pareció natural. Jacques debía de estar a su lado. Ninguno de sus permisos me había preocupado menos que éste, concedido al infeliz por el nacimiento de *su* hijo. En un último arranque de puerilidad sonreí, incluso, al pensar que me debía aquellos días de licencia.

NUESTRA casa respiraba tranquilidad.

Los verdaderos presentimientos se forman en unas profundidades que nuestro espíritu no suele frecuentar. Así, a veces nos obligan a efectuar unos actos que nosotros interpretamos al revés.

Me creía más sensible a causa de mi felicidad y me alegraba de saber a Marthe en una casa que mis recuerdos felices convertían en un lugar mágico.

Un hombre desordenado que va a morir y no lo sabe empieza de repente a poner orden a su alrededor. Su vida cambia. Clasifica los papeles. Se levanta pronto, se acuesta temprano. Renuncia a sus vicios. Sus allegados se felicitan. Y de esta forma su muerte repentina parece aún más injusta. *«Hubiera vivido feliz».*

Del mismo modo, la nueva paz de mi vida era el presagio de mi condena. Me creía ya un buen hijo porque tenía uno. De modo que mi afecto me acercaba a mi padre, a mi madre, porque algo me decía en mi interior que dentro de poco necesitaría el suyo.

Un día, a la hora de comer, mis hermanos volvieron de la escuela gritando que Marthe había muerto.

El rayo que fulmina a un hombre cae tan rápido que éste ni siquiera llega a sufrir. Pero para el que le acompaña resulta un triste espectáculo. Mientras que yo no sentía nada, el rostro de mi padre se descompuso. Echó a mis hermanos. «Salid —balbuceó—. Estáis locos, estáis locos». Tenía la sensación de irme endureciendo, enfriando, petrificando. Después, del mismo modo que en un instante desfilan ante los ojos de un moribundo todos los recuerdos de su vida, la lucidez me reveló mi amor con todo lo que tenía de monstruoso. Al ver llorar a mi padre, comencé a sollozar. Entonces, mi madre se ocupó de mí. Sin una lágrima en los ojos, me cuidó con frialdad, con ternura, como si tuviese escarlatina.

En los primeros días, mis hermanos hallaban en mi síncope la explicación del silencio que reinaba en casa. Más adelante, dejaron de entenderlo. Nunca se les habían prohibido los juegos ruidosos. Ahora habían de guardar silencio. Al mediodía, sus pasos sobre las baldosas del vestíbulo me hacían perder el conocimiento, como si cada vez fueran a anunciarme la muerte de Marthe.

¡Marthe! Como mis celos la seguían hasta la tumba, anhelaba que no hubiese nada más después de la muerte. Siempre nos resulta insoportable que la persona a la que amamos se encuentre rodeada de numerosa compañía en una fiesta a la que no asistimos. Mi corazón estaba en esa edad en la que todavía no se piensa en el futuro. Sí, más que un mundo nuevo donde reunirme un día con ella, era la nada lo que yo deseaba para Marthe.

LA única vez que vi a Jacques fue algunos meses después. Sabiendo que mi padre guardaba unas acuarelas de Marthe, mostró deseo de verlas. Siempre estamos ávidos por descubrir lo que atañe a nuestros seres queridos. Quise saber cómo era el hombre al que Marthe había otorgado su mano.

Conteniendo el aliento y andando de puntillas, me dirigí hacia la puerta entreabierta. Llegué a tiempo de escuchar:

—Mi mujer ha muerto llamándole. ¡Pobre niño! ¿Acaso no es él mi única razón de vivir?

Al ver aquel viudo tan digno y que dominaba tan bien su desesperación, comprendí que, a la larga, las aguas del río vuelven a su cauce. ¿Acaso no acababa de saber que Marthe había muerto pronunciando mi nombre y que mi hijo disfrutaría de una existencia razonable?

*



RAYMOND RADIGUET (Saint-Maur-des-Fossés, 1903 - París, 1923). Escritor francés de gran precocidad. Tras escribir a la edad de quince años poemas, que fueron destacados por André Salmon y editados por Jean Cocteau en 1925, abandonó sus estudios, se dedicó al periodismo y empezó a frecuentar los ambientes literarios parisinos. Escribió una obra de teatro, *Los pelícanos* (1919), y dos libros de poemas, *Las mejillas en fuego* (1920) y *Deberes de vacaciones* (1921). Su primera novela, *El diablo en el cuerpo*, lanzada por una extraordinaria campaña de prensa, fue todo un éxito en 1923. Acababa de terminar su segunda novela, *El baile del conde de Orgel* (póstuma, 1924), cuando una fiebre tifoidea acabó con su vida en tan sólo unos días.

Notas

[1] Alemania declara la guerra a Francia el 3 de agosto de 1914. Comienza la Primera Guerra Mundial. <<

[2] A orillas del Marne, afluente del Sena, se sitúan muchas de las ciudades mencionadas en la novela: Ormesson, La Varenne, Sucy, etc., al nordeste de París. <<

[3] *Massager* significa en francés enviado, mensajero. <<

[4] Conocido instituto de enseñanza media en París. <<

[5] Colección de novelas de aventuras muy popular en Francia. <<

[6] Alusión a un acontecimiento histórico concreto; el atentado austriaco hace referencia al asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1915, uno de los acontecimientos decisivos para el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. <<

[7] Joseph Caillaux, ministro de Finanzas, hubo de dimitir de su cargo a principios de 1914, tras el asesinato por parte de su esposa del director de *Le Figaro*, Gaston Calmette, quien estaba llevando a cabo una tenaz campaña de desprestigio contra ellos. El juicio y la posterior absolución de su esposa fueron muy sonados en la Francia de la época. Posteriormente, durante la guerra, Caillaux fue acusado de colaboracionismo. <<

[8] El 14 de julio se conmemora la toma de la Bastilla en 1789, que supuso la primera intervención directa de las masas populares en el curso de la Revolución francesa. Es el día de la fiesta nacional en Francia. <<

[9] Meaux: en la ribera del Marne, ciudad próxima a París. <<

[10] Ulanos: soldados que sirvieron como mercenarios en Polonia, Prusia, Austria y Francia hasta 1918. En algunos ejércitos europeos se da tal nombre a los regimientos de lanceros a caballo. <<

[11] Ciudad a orillas del Marne, entre Meaux y París. <<

[12] En septiembre de 1914 se logra detener el avance del ejército alemán en la batalla del Marne. Gracias a la ofensiva francesa dirigida por el general Joffre, fracasa el plan estratégico alemán, que pretendía anular a Francia con la mayor rapidez. <<

[13] *Le Mot*: periódico editado por Jean Cocteau y Paul Iribe que aparece entre noviembre de 1914 y julio de 1915. <<

[14] Los escolares franceses no tenían clase los jueves. <<

[15] Obra de Baudelaire publicada en 1857, en la que se encuentran las pautas que habría de seguir la lírica posterior; marca, pues, el comienzo de la poesía moderna. <<

[16] Uno de los poemas de *Les Fleurs du mal*. <<

[17] Famosa academia de Bellas Artes en París. <<

[18] Obra de Rimbaud, representante del simbolismo francés del siglo XIX y, al igual que Baudelaire y Verlaine, «poeta maldito». <<

[19] Estilo decorativo y mobiliario que se desarrolla en Francia durante el reinado de Luis XV, en el siglo XVIII, y que coincide en Europa con el auge del estilo rococó. <<

[20] Alude a *Dafnis y Cloe*: célebre pastoral del novelista griego Longo (finales del siglo II d. C.), que narra el aprendizaje amoroso de dos adolescentes educados por pastores en la isla de Lesbos. Era una de las obras preferidas de Radiguet. <<

[21] Juego de palabras. Según el narrador-personaje, el regalo de Marthe le proporciona el «pretexto» para desnudarse. Pero *robe-prétexe* puede hacer referencia a la *toga praetexta* romana, toga blanca bordada con hilo de púrpura que llevaban los niños y los magistrados. <<

[22] Lugar muy frecuentado por los veraneantes, en el Marne. Radiguet alude a la Isla de Amor en sus escritos autobiográficos. (Cfr. «Carnets», en *Oeuvres complètes*, Génova, Slatkine Reprints, 1981).

<<

[23] Tijeras supuestamente empleadas por Fulberto, canónigo del siglo XII, en la castración del amante de su sobrina Eloísa, Abelardo. Abelardo, filósofo y teólogo francés, fue uno de los fundadores del método escolástico y defensor de una moral individualista y humanista; también conocido por su episodio de amor con Eloísa. (*Vid.* las *Cartas* de Abelardo y Eloísa). <<

[24] Famoso instituto de enseñanza media de París, situado en el Barrio Latino. <<

[25] Nueva referencia literaria a los autores de finales del siglo XIX: Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Verlaine. Este último acuña la expresión de «poetas malditos», para referirse a aquellos escritores contemporáneos suyos que no eran valorados sino por una minoría y cuyas obras operaban una original subversión de los valores literarios tradicionales. <<

[26] Intertexto pascaliano: «Le coeur a ses raisons, que la raison ne connaît point» (*Les Pensées*). <<

[27] Según la leyenda griega, Narciso, enamorado de su propia imagen reflejada en el agua, se hallaba condenado a no alcanzar nunca el objeto de su pasión, esto es, a no consumir su amor. No se alude en ella, sin embargo, a que Narciso aborreciera su propia imagen, como indica el texto de Radiguet. <<

[28] Zona costera correspondiente al Canal de la Mancha. <<

[29] Pequeña ciudad costera de Normandía. <<

[30] Academia de Secretariado. <<

[31] Estación principal de París, de donde partían las tropas hacia el frente. <<

[32] El armisticio se firmó el 11 de noviembre de 1918. <<

[33] Fiesta tradicional de la patrona de las solteras mayores de veinticinco años, en la que se hacía una procesión en honor de la santa. <<